

UNA TUMBA EN LAS ESTRELLAS

SILVER KANE

Vio que las puertas eran todas metálicas, y parecían sólidamente empotradas en las paredes. La sensación de estar en un avión o un submarino se acentuaba, al ver aquello. ¿Por qué su padre había construido una cosa tan moderna, tan funcional, y al mismo tiempo tan extraña? ¿Qué había pensado, al hacer aquello?

No quiso averiguarlo.

Era mejor salir de allí.

En cierto modo, ya no podía más.

Fue a dirigirse de nuevo hacia la boca del ascensor para llamarlo.

Y entonces vio que alguien abría, desde dentro, una de aquellas puertas metálicas.

Fue una cosa muy fugaz.

La muchacha apenas pudo ver el interior.

Pero se dio cuenta de que era una sala espaciosa, bien amueblada, donde imperaba una luz blanca.

Dentro de aquella sala había una persona sentada en una butaca.

Y allí fue donde Lorena Benson sintió hasta su médula el frío de la muerte.

Allí fue donde sus ojos se desencajaron.

Donde la lengua se le pegó angustiosamente al paladar.

Porque la persona que estaba sentada en aquella habitación, esperando, era… ¡era Estephanie Seymour!

… ¡Era la muerta!



Silver Kane

Una tumba en las estrellas

Bolsilibros: Selección Terror - 36

ePub r1.1
Titivillus 30.12.16

Título original: *Una tumba en las estrellas*
Silver Kane, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Los sucesos de esta novela están basados en datos reales. Más adelante, el lector descubrirá por qué.

CAPÍTULO PRIMERO

Todos los periódicos de la ciudad habían destacado la noticia de la boda de Estephanie Seymour. Los cronistas de sociedad de Nueva York habían dicho que sería uno de los acontecimientos sociales más importantes del año. Las revistas especializadas —esas revistas que millones de mujeres envidiosas que jamás harán una boda importante devoran en las peluquerías— habían publicado fotos de la mansión en que iba a vivir. Los invitados serían más de quinientos. Una cadena privada de televisión iba a hacer un reportaje —pagado a precio de oro— para difundirlo con sus mejores programas.

Todo eso estaba de nuevo en la memoria de Lorena Benson cuando remontaba el Hudson en su coche, por la orilla derecha, para llegar a la mansión de los Seymour. Ella era una de las invitadas, pero no la de más importancia. Porque entre los invitados habría categorías, ya que no sería posible situarlos a todos en el mismo lugar.

La muchacha conducía a poca velocidad, mientras miraba el paisaje. No podía decirse que estuviera alegre. Había pensado que, por ser la prometida de Pat, el mayor de los Seymour, obtendría un trato más distinguido. La cosa no le importaba socialmente, pero moralmente, sí. En cierto modo, ya formaba parte de la orgullosa familia de los Seymour y, sin embargo, la relegarían, durante la ceremonia, a las últimas filas, donde estaban los simples conocidos y los sirvientes de confianza. Era como si Pat se avergonzase de ella, y como si los Seymour no quisieran saber nada oficialmente con los Benson, a los que debían considerar gente de mucha menor calidad.

Al fin, Lorena se encogió de hombros.

No había que deprimirse. Después de todo, eran cosas de familia, de esas que se arreglan con el tiempo.

Varios lujosos coches, de los que también llevaban invitados a la

boda, la adelantaron a gran velocidad por la autopista. Diríase que medio Nueva York iba a la ceremonia; medio Nueva York del que vive en los apartamentos de gran lujo, por supuesto. Todos los coches eran de importación, desde el Rolls al Jaguar o el Mercedes, o bien eran los últimos modelos —y los más caros— salidos de las cadenas de montaje de Detroit. Ella, en cambio, tenía que conducir un modelo de siete años antes, y ya bastante tronado en todos los aspectos, porque no había podido comprar un vehículo nuevo, ni de momento, podía adquirirlo.

Eso, en los Estados Unidos, es un signo de decadencia, al que la gente da mucha importancia, quizá a falta de otros valores más positivos. Conducir un coche viejo y pasado de moda es como llevar el traje de un muerto porque uno no ha podido comprarse nada más. Lorena también sabía eso, desde luego, pero acabó sonriendo otra vez, con un gesto de cansancio, donde había un lejano fondo de desprecio.

Mientras seguía conduciendo, procurando no arrugar su vestido alquilado para la ceremonia, recordó también el aplazamiento de la boda de Estephanie, debido a un acontecimiento que bien pudo calificarse de terrorífico. La tía de Estephanie había aparecido en la vieja cripta de la casa, donde estaban los cadáveres de los antepasados muertos en el siglo XIX. A la pobre y anciana señora Seymour, hermana del difunto dueño de la casa, la había encerrado alguien en un ataúd, del que previamente sacó el esqueleto que contenía. El ataúd fue atornillado luego. Se trató de un crimen salvaje, repelente y oscuro, un crimen digno de un sádico o de un loco. Nueva York es una selva, donde cada día se cometen varios asesinatos, pero aquél dejó oscuros a todos los que se habían cometido durante el año. La vieja señora Seymour fue buscada por todo el país, creyéndose que había huido de la casa por alguna razón desconocida, y centenares de detectives, reclutados entre los más expertos, la buscaron incluso en el Chinatown de San Francisco o en las remotas ciudades del Oeste Central. Cuando a alguien se le ocurrió mirar en la cripta, atraído por cierto extraño olor, que parecía filtrarse a través de las paredes, el espectáculo fue obsesionante. La pobre mujer llevaba una semana muerta allí. Su agonía dio que hablar a todos los reporteros de sucesos del país, durante quince días largos. No se publicaron fotos de la muerta para

no estropear el desayuno de los contribuyentes. Y se hicieron investigaciones de todas clases, pero fue imposible saber quién había cometido aquel miserable crimen.

Cosa inevitable, la boda de Estephanie se había aplazado seis meses.

Era lo menos que se podía esperar.

La familia estaba de riguroso luto.

Y ahora, por fin, iba a celebrarse. Los Seymour estaban dispuestos a olvidar su dolor, y a echar la casa por la ventana. Gastaban una fortuna en la boda de la dulce y tímida Estephanie, la única que no hacía distinción entre ricos y pobres, entre criados y señores.

Lorena, dio, al fin, más gas.

Tenía miedo de llegar tarde.

La boda se celebraría al anochecer, de modo que le sobraba tiempo para alcanzar la mansión de los Seymour antes de esa hora. Pero, previamente, había una gran recepción y un *cocktail* con *buffet* frío, al cual no podía faltar. Tampoco podía dejar de dar, antes de la ceremonia, un beso a la novia.

Y de pronto, aquello ocurrió.

Fue una de esas cosas que suelen ocurrir con los coches viejos.

Al forzarlo un poco, empezó a ratear y a dar tirones, y al final acabó por detenerse. La muchacha tuvo que estacionarse en el arcén de la autopista y alzar el capó, lo cual significa petición de auxilio, según una costumbre aceptada internacionalmente. Pero nadie se detuvo. Los orgullosos invitados de los Seymour consideraban que lo único importante era llegar a tiempo al *cocktail*, donde se obtendrían fotografías que luego serían difundidas en todas las revistas de sociedad.

Y aparecer en una de esas revistas, codeándose con gente importante… ¡es, a veces, tan necesario para los negocios!…

Los camioneros tampoco se detuvieron. Tenían sus horarios marcados, y no estaban para mandangas, ni siquiera mandangas en las que anduviera mezclada una mujer tan bonita como Lorena. El único que frenó a su lado fue un hombre que conducía un viejo Chevrolet. Era un hombre de menos de treinta años, alto y pasablemente distinguido, que dirigió una mirada a las piernas de Lorena, antes de echar una mirada al coche. Ella pensó: «Vaya… un

hombre solo. Seguramente, un fresco».

Pero al instante apareció también una mujer en el campo visual de Lorena. Había viajado hasta entonces dormida en el asiento reclinable, y por eso no se hizo visible hasta que el coche se detuvo y ella se levantó. Miró, desorientada, en torno suyo, con los ojos todavía cargados de sueño.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

El joven la miró de soslayo.

—¿Es que no lo sabes, Mefistófeles? —susurró—. ¿Una adivinadora como tú, y no sabes si hemos llegado?

Luego, se aproximó al coche de Lorena.

La otra mujer también había descendido. Debía tener unos cuarenta años, pero sus cabellos, ya muy blancos, la hacían parecer mayor. Vestía de negro, y tenía una expresión dura, concentrada y enigmática. Miró con desconfianza en torno suyo.

—¿Quién es esta chica? —preguntó.

El joven alzó los brazos al cielo:

—Pero ¿no lo sabes, Mefistófeles? ¡Valiente adivinadora tenemos! ¿No te has dado cuenta aún de que es una señorita que tiene un avería en su bólido último modelo?

Luego miró a Lorena.

—¿Adónde va, amiga? ¿Piensa participar en la carrera de Indianápolis de este año?

—Está en el buen camino…

—He tenido *panne* —dijo Lorena, con cierta sequedad—. Pero si no entiende de mecánica, más vale que no me ayude. Gracias. Lléveme sólo hasta la primera zona de servicio o el primer teléfono SOS, desde el que pueda llamar.

—Espere, espere… Déjeme ver. Por cierto, no me he presentado. Yo soy Tony Milian, el periodista más tronado de Estados Unidos.

—¿Periodista tronado?

Él se rascó una oreja, mientras señalaba su cochambroso Chevrolet.

—En fin —dijo—, no puede decirse que hasta ahora haya tenido demasiada suerte… ¿Usted recuerda el escándalo de los de la inmobiliaria Morrison, los que estafaron veinte millones de dólares?

—Claro que me acuerdo. ¿Usted escribió el artículo en que lo ponía todo al descubierto?

—Sí, lo escribí yo. Y ya ve para qué. Usted, una lectora, ni siquiera recuerda mi nombre. Pero quizá recuerde que detrás de aquella inmobiliaria estaba un alcalde. Y el alcalde no sólo no escupió los veinte millones estafados, sino que encima consiguió que me echasen del periódico.

Lorena dijo, con gesto de circunstancias:

—Pues sí que fue mala suerte…

—Hum… No crea. Después conseguí trabajar en la revista *Time*. Todo el mundo decía que era un buen salto, y que llegaría lejos. Me metí de lleno a investigar ciertas irregularidades en los suministros del ejército. Habían volado treinta millones, al menos. Di con los autores, y lo publiqué todo.

—Un éxito, ¿no?

—No, porque detrás de los autores estaban algunos generales del Estado Mayor. De los treinta millones no se volvió a hablar, pero a mí me echaron de la revista, y hasta me metieron diez días en la cárcel. Fue un fantástico final de carrera.

—Sí, ya veo… ¿y ahora a qué se dedica?

—A Mefistófeles.

—¿Quién es Mefistófeles?

—¿No lo ha comprendido aún? Es esta dama, llena de discretos encantos otoñales. Se dedica a adivinar el porvenir, sin necesidad de bola ni nada. Te mira a los ojos, y te dice: «Macho, a ti te va a pasar esto». Y no acierta ni a la de tres, claro. Pero el mundo en que se mueve es tan fascinante, que hemos llegado a un acuerdo. Yo le pago los viajes en mi bólido transoceánico, y ella me explica los secretos de su arte. De este modo pienso conseguir un gran reportaje y venderlo. Ahora soy un *freelancer*.

—¿Uno de esos periodistas que trabajan por su cuenta?

—Bueno… Más o menos, un tipo de ésos a los que nadie quiere. Pero confío en triunfar. Eh, Mefistófeles… ¿Qué te parece esta avería? ¿Vamos a arreglarla?

La mujer se había quedado callada.

Había algo extraño en ella.

Algo extraño en sus ojos, en sus manos inquietas y en sus uñas, que parecían desgarrar silenciosamente el aire.

—Tony —susurró.

Él se volvió a mirarla.

—¿Qué te pasa, Mefistófeles? ¿Por qué te has puesto tan seria de repente?

—Tú sabrás arreglar esa avería, Tony. Entiendes de mecánica.

—Pues ya es algo…

—Pero no te acerques a esta mujer. Huye de ella, cuanto antes.

Tony Milian parpadeó.

—¿Por qué…?

—Porque está metida en un lío, del que no podrá salir. Porque su camino se ha cruzado con el sendero de la muerte.

Lorena pestañeó.

No le gustaba aquello.

No le gustaba el tono espectral de la mujer, no le gustaban sus ojos, que parecían ver extrañas sombras situadas en el otro mundo.

Pero al fin hizo otro encogimiento de hombros, mientras intentaba sonreír animadamente:

—No es usted muy optimista —dijo—. Bueno, más vale que me dejen con mi avería. Llévenme hasta el primer teléfono SOS, y en paz.

Tony echó una ojeada al vehículo. No hizo caso de las palabras de Lorena. Sus dedos palparon el carburador, y dieron la sensación de que querían ajustarlo.

—Necesitaré dos horas para arreglar esto —musitó—, pero si llama a un mecánico, necesitará tres. Porque un profesional no llegará aquí antes de una hora.

—No puedo consentir que pierda usted tanto tiempo —protestó Lorena—. Cierto que tengo un compromiso, pero…

—Oh, no se preocupe… Justamente, yo voy detrás de Mefistófeles, y como Mefistófeles no tiene trabajo… Lo mismo nos importa estar aquí que durmiendo bajo un puente. A ver, déjeme ver qué lleva en su caja de herramientas.

Durante dos horas largas, Tony Milian estuvo trabajando, hasta que dejó el motor con un runruneo tan perfecto, que el coche parecía nuevo. Luego se limpió las manos con el agua de colonia que la misma Lorena le facilitó.

—Puede seguir viaje —dijo—. No creo que la carburación le vuelva a dar problemas, en mucho tiempo.

—¿Puedo…, puedo pagarle algo?

—Soy el tío más tronado de Norteamérica, pero aún no acepto

dinero de las mujeres —dijo él, sonriendo—. Puedo asegurarle que Mefistófeles no me da ni un níquel. Buen viaje.

Y la saludó con un gesto, antes de volver a aquel Chevrolet que no indicaba precisamente una copiosa fortuna.

Lorena no supo por qué lo hizo.

No supo por qué quiso darse importancia ante aquel hombre y ante aquella adivinadora muerta de hambre, que había querido apartarlo de ella.

—Si alguna vez necesita algo, venga a casa de los Seymour —dijo—. Será bien recibido.

Tony Milian, que ya iba a penetrar en su bólido de la guerra de Cuba, parpadeó y volvió la espalda para mirarla de nuevo.

—No me diga que es usted una Seymour —susurró—. No me diga que forma parte de esa familia, donde hasta los espejos son de oro.

—No, pero voy a casarme con Pat, el hijo mayor. Ingresaré en la familia en seguida.

—Vaya… Pues tiene usted suerte. Podrá bañarse cada mañana en leche de ama de cría.

—No parece usted muy educado, después de todo —dijo la muchacha, con un gesto de desdén—. Dudo de que llegue arriba.

—Claro que no. ¿Verdad que no llegaré arriba, Mefistófeles?

Y lanzó una carcajada alegre. Por lo visto, era uno de esos tipos que todo se lo toma bien.

La adivina susurró:

—Si sigues junto a ella, llegarás a la tumba.

El Chevrolet arrancó. Poco después, la muchacha quedaba sola en la autopista, y se lanzaba a buena velocidad hacia la mansión de los Seymour, aguas arriba del Hudson. Mientras se acercaba al elegante parque que marcaba los límites de la casa, iba olvidándose de su pequeño tropiezo para concentrar tan sólo sus pensamientos en la ceremonia.

Como temía, no llegó a tiempo para asistir al cóctel. Éste había empezado puntualmente, y estaba ya en sus últimas boqueadas. Es decir, los invitados habían dado buena cuenta del *buffet*. Pat la esperaba, impaciente, paseando por el inmenso jardín donde había sido ofrecida la fiesta.

Las sombras de la noche ya caían entre los árboles.

La mansión tenía un extraño aspecto, una apariencia lejana, difusa y nocturnal, como si estuviera retratada en el fondo de un sueño. Lorena conocía bien aquella casa porque la había construido su padre, el arquitecto Benson, antes de suicidarse. Pero la había construido sobre los cimientos de la vieja mansión del siglo XIX, y conservando el estilo de ésta, de modo que la casa era uno de esos edificios que no tienen época. Iluminada con las luces indirectas que llegaban desde el fondo del parque, había en ella algo que extrañaba, que repelía e inquietaba a la vez.

No parecía como si, en ella, fuera a celebrarse una boda.

Parecía como si fuera a celebrarse un funeral.

Aquel aspecto amarillo e irreal de las paredes inquietaba. La muchacha tuvo que recordar, contra su voluntad, lo que le había dicho la adivinadora: que su camino se cruzaba con el de la muerte.

Pero los pensamientos se borraron en seguida porque Pat ya venía hacia ella. Pat sonreía. Le dio un suave cachetito en las nalgas, aprovechando que ahora no les veía nadie, y susurró:

—¿Cómo has tardado tanto? Ya he telefoneado a tu casa, tres veces…

—Lo siento. He tenido una avería en la autopista. Ya sabes tú: cualquier tontería te cuesta dos horas de retraso.

—Podías haber alquilado un coche. O yo te podía haber dejado uno de los míos, mujer. A veces, tienes un orgullo que no se entiende. Pero, en fin, te has perdido lo más animado de la fiesta. Ahora sólo queda la boda y la cena, pero en la cena no podré situarte donde yo hubiese querido.

Ella apretó los labios levemente, con un gesto de contrariedad, a pesar de que no quería discutir aquel punto.

—Creí que, a última hora, lo habías arreglado, Pat —murmuró—. Tenía ilusión de estar junto a ti en la ceremonia.

—Verás, es que… Bueno, los sitios de la familia son sólo para la familia.

—Pero tú y yo estamos prometidos…

—Lo estamos y no lo estamos, Lorena. Falta el consentimiento de mi madre, y tú lo sabes. Pero dejemos eso ahora, ¿quieres? Mi hermana te está esperando.

—¿Estephanie? ¿Es que quiere verme a mí sola, por alguna razón especial?

—Quiere darte un abrazo. No en vano eres una de sus mejores amigas.

—Entonces, siento de verdad haber llegado tarde… No pensaba que Estephanie fuese a tener esa atención conmigo. Vamos…

—Sí, démonos prisa. Te está esperando.

Los dos pasaron entre las docenas de invitados que se concentraban en el gran salón, esperando ser situados ordenadamente en la capilla familiar de los Seymour. Estephanie tenía sus habitaciones de soltera en el primer piso, y allí se encontraba, sin la compañía de nadie. Lorena se sorprendió cuando iban a abrir la puerta.

—¿Es que no se ha vestido aún? —preguntó.

—Sí, ya está preparada.

—¿Y no le dan ningún retoque? La peluquera, la manicura… En fin, ya sabes.

—Todas han terminado ya. Quiere hablarte a solas.

—De acuerdo, Pat, pero…, pero es extraño…

Mientras hablaba, la muchacha empujó la puerta.

Vio la lujosa antesala de la habitación de Estephanie. Pisó la maravillosa alfombra y se dejó bañar por la luz rosada de las lámparas. Avanzó unos pasos hacia el dormitorio.

Y entonces se detuvo en el umbral.

Entonces fue cuando chilló de horror, sintiendo que se rompía su garganta, que se desencajaban sus ojos, que se hundían sus piernas.

Entonces la vio.

Estephanie estaba colgada de la enorme araña de cristal que ocupaba el centro de su dormitorio.

Había sido ahorcada con su lazo de seda.

Y entonces supo por qué la extraña adivinadora le había dicho que su camino se cruzaba con el camino de la muerte.

Con el oscuro camino de Estephanie.

Amortajada por su propio vestido de novia…

CAPÍTULO II

Al igual que en los viejos palacios europeos, la mansión de los Seymour lucía crespones negros en toda la fachada. Veinticuatro horas después de la muerte de Estephanie, aquella casa tenía el singular aspecto que pudo tener el Palacio de Versalles después de la muerte de un rey. Hasta las grandes farolas del parque habían sido adornadas de negro. Docenas de servidores, cuidadosamente enlutados, procuraban mantener en orden a los amigos de la familia que querían despedirse de la muerta. A Fred Rawles, el novio, hijo de un banquero, le había sobrevenido un ataque, después de la muerte de la muchacha, y ya no estaba allí. Una legión de policías, vestidos de paisano, vigilaban por todas partes, pero aún no había sido detenido nadie. Una no menos numerosa legión de periodistas, llegados desde todo el país, intentaban sacar alguna noticia, alguna fotografía, algún comentario, pero no se les permitía atravesar las rejas del inmenso parque. Toda la casa, a pesar del gentío que había en ella, parecía rodeada por un espeso muro de silencio.

Y eso fue lo primero que notó Lorena cuando se recuperó al fin: el silencio. Al sentarse en la cama, le pareció encontrarse en un mundo irreal, absurdo, un mundo que no existía. Se llevó las manos a los ojos, y tuvo que tumbarse otra vez, a causa de la insufrible sensación de vértigo.

Alguien le tendió un vaso.

Lorena se sobresaltó.

—No tenga miedo. Por favor, beba.

La voz era suave, casi dulce.

La muchacha abrió los ojos del todo, y el vaso apareció en sus dimensiones reales, junto con la mano que lo sostenía. Detrás estaba un rostro agradable, que le pareció recordar. Al fin se dio cuenta de que lo había visto reproducido varias veces en las páginas de las revistas. Era la doctora Swason, una casi celebridad científica, y

además, amiga de la familia.

—Beba —insistió—. Es un calmante, que al mismo tiempo le dará fuerzas.

—¿Qué…, qué me ha ocurrido?

—Perdió el conocimiento al ver el cadáver de Estephanie, y me llamaron en seguida. Por suerte, estaba entre los invitados, junto con otros médicos. A todos nos pareció que estaba usted mal, y que su corazón podía fallar.

Lorena bebió en silencio. Casi al instante, se sintió mejor.

—Le inyecté un tónico, que al mismo tiempo produce un efecto soporífero —continuó la doctora Swason—. Ha dormido casi veinticuatro horas.

Lorena cerró los ojos otra vez, mientras el vaso caía sobre la colcha.

—Dios santo…

—Pero no debe preocuparse —añadió la doctora—. Su pulso es normal, y está usted muy bien. Puede levantarse cuando quiera.

—¿Fue…, fue verdad lo de Estephanie?

—Sí, claro… Por desgracia, usted lo vio muy bien.

—Entonces, ¿es cierto que está muerta…?

—¿Y qué respuesta puede tener eso, amiga mía? ¿Aún lo duda? Llevaba media hora colgada, cuando usted entró.

Lorena se había sentado en la cama, pero sentía que todo daba vueltas aún en torno suyo. Fue entonces, y sólo entonces, cuando vio el rostro de Pat. El rostro de Pat parecía surgir entre las sombras. Diríase que formaba parte del aire fúnebre, de los crespones negros de la casa.

—Lorena —musitó.

—¿Desde cuándo estás aquí, Pat?

—Te he estado velando varias horas.

Ella se estiró maquinalmente la falda, pero comprendió que era un gesto inútil.

—¿Qué…, qué ha pasado con tu hermana, Pat?

—Se suicidó.

Lorena se llevó otra vez las manos a los ojos.

Era absurdo.

Era como si le hablaran de una pesadilla, que además no sucedía en esta época, sino que había sucedido en otra muy remota.

—¿Suicidado? —musitó, mientras oía el eco de su propia voz como el eco de otra persona.

Y entonces fue cuando advirtió la presencia de otras dos personas en la habitación. Eran cuatro los que estaban con ella, o sea, dos más, aparte de Pat y la doctora Swason. Se trataba de la madre de Pat, la altiva señora Seymour, que parecía haber envejecido diez años en un día. A su lado, estaba un hombre alto y grueso, a quien la muchacha conocía bien. Era Ronson, el abogado de la familia. Acerca de su honorabilidad, no le cabía a Lorena la menor duda, pero su presencia allí daba a todo un aire misterioso y solemne, como si se tratara de celebrar los funerales de Estephanie en aquella misma habitación.

Fue Ronson, el abogado, quien musitó:

—Señorita Benson, usted debe saberlo. Tiene derecho a saberlo, puesto que fue la primera persona en ver a Estephanie muerta y, en consecuencia, la interrogará la policía. De todos modos, el veredicto oficial ya está dado: esa pobre muchacha se suicidó.

—¿Por qué? Pero si era feliz… Iba a casarse…

—Nadie sabe si era feliz —dijo el abogado—. Nadie puede penetrar en los misterios del alma humana.

—Ha dicho que se suicidó —le cortó Lorena como si quisiera defender la memoria de su amiga—, pero ésa es una afirmación que quizá no tenga base. ¿En qué se funda?

—No lo digo yo, sino la policía —respondió el abogado calmosamente—. Dios me libre de hacer una afirmación tan grave, por muchas pruebas que tenga. Pero es la policía la que lo ha dicho, se lo repito a usted. Hay pruebas concluyentes, como, por ejemplo, las huellas de la víctima en el lazo de seda que la ahorcó; no había más huellas que ésas. El hecho de que Estephanie no tuviera las manos atadas, lo cual indica que su muerte fue voluntaria; y, en fin, la banqueta que apareció bajo sus pies, y que ella debió volcar, antes de quedar colgada. Todo está claro como el agua…, desgraciadamente.

—¿Por qué dice *desgraciadamente*? ¿Hubiera preferido un crimen?

—Un crimen permitiría, al menos, descubrir un culpable y ejercitar un derecho al castigo. Parece como si eso dejara las cosas un poco más en su lugar, aunque no remedie la desgracia. Por otra

parte, evitaría las murmuraciones. Las murmuraciones, como ya sabe usted, son lo que más teme una familia honorable como ésta.

Los ojos de Lorena brillaron un momento.

Ya empezaba a estar de honorabilidades hasta las narices. Parecía como si los Seymour no supieran pensar en otra cosa.

—Quizá, después de todo, esté equivocada la policía —dijo con suavidad—. Quizá, si se hurga en el asunto, aparezca la sombra de un culpable.

—No —dijo secamente Ronson.

—¿Por qué no, abogado? ¿Qué sabe usted?

—Sé una cosa que no debe salir de este círculo. Se lo suplico, señorita Benson. Antes de seguir adelante, tiene usted que jurarme que nada dirá de lo que escuche aquí. Yo soy persona de confianza de la familia, así como la doctora Swason. Pat es el mayor de los hermanos. Los otros parientes ni siquiera lo sabrán.

—¿Y por qué he de saberlo yo?

—Porque la carta iba dirigida a usted.

—¿La carta? ¿Qué carta?

—Señorita Benson —dijo el abogado con voz firme—, ese documento pudimos ocultárselo perfectamente, porque la señorita Swason, que lo descubrió en el escote del cadáver, me lo entregó a mí, sin testigos. Yo pude guardarlo, pero no me ha parecido honesto. Incluso sería un delito ocultar una carta dirigida a usted, y Dios sabe que un abogado como yo no comete delitos.

—Su honestidad nadie la discute, señor Ronson, pero ¿a qué viene todo este preámbulo?

—Júreme que nada dirá de lo que se explica en esta carta. Júremelo por la amistad que le ha demostrado Estephanie, al elegirla a usted para hacer una terrible confidencia que antes no hizo a nadie.

La muchacha tembló.

Sus párpados le caían sobre los ojos, que estaban nublados como los de una mujer que va a desmayarse.

—Lo juro —musitó—. No quiero causar ningún daño a la memoria de Estephanie. Lo juro solemnemente.

—En ese juramento va incluida la policía. Cuando la interroguen, no puede decirles nada de lo que va a saber.

—Tampoco les diré nada.

—Entonces, lea. Mire. La carta va dirigida a usted.

Le tendió un pequeño sobre, dentro del cual no había más que una hoja de papel. La muchacha la desdobló. Unos segundos después, sus manos temblaban tanto, que la hoja caía mansamente al suelo.

—No es posible… —musitó—. Esta carta es falsa…

—Desgraciadamente, es la letra de Estephanie, señorita Benson. Y usted lo sabe.

—Pero aquí dice que… que…

—Sí, señorita Benson. Dice que fue ella la que mató a aquella pobre vieja, metiéndola en un ataúd de la cripta y claveteándolo luego. Es una confesión terrible, pero es una confesión. Yo creo que Estephanie sufría algún trastorno mental muy grave, del que nadie se dio cuenta, lo cual era doblemente penoso porque se trataba de la muchacha más buena y más dulce que he conocido jamás. Pero en este mundo nadie elige su suerte. Estephanie mató a su tía, en un momento de locura, y luego, el arrepentimiento ya no la dejó vivir. En su subconsciente quería un castigo terrible, un castigo que la dañara precisamente el día más feliz de su vida, y por eso se la quitó poco antes de su boda. Ya sé que todo esto puede parecerle espantoso y hasta fantasmagórico, pero los hospitales están llenos de casos clínicos así. Ahora es inútil que le diga lo que eso significa para la familia, señorita Benson.

La señora Seymour dijo roncamente:

—Ha sido usted demasiado honrado, Ronson. Debió destruir esta carta.

Ronson la miró con dureza.

—Hay abogados que no son honrados, señora Seymour —dijo—, pero yo no pertenezco a tan distinguido gremio. Su difunto marido sabía que se podía confiar en mí, como lo sabe usted, pero la confianza tiene dos caras. Significa que no se puede mentir a uno para favorecer a otro.

La señora Seymour hizo un gesto altivo, pero dejó de ocuparse del abogado. Ahora su atención estaba centrada exclusivamente en Lorena Benson.

—Muchacha —dijo secamente—, tú sabes que no me gustas para casarte con mi hijo.

—¿Por eso me había situado entre los sirvientes invitados a la

boda, señora Seymour?

La voz de la muchacha era firme, pero dulce.

La millonaria apenas la miró.

—Cada uno tiene su categoría social —dijo—. Se nace así y se muere así. Hay quien triunfa y hay quien fracasa. Intentar cambiar eso es tan inútil como intentar cambiar el curso de los astros.

—Si lo dice por mi familia, señora Seymour —susurró firmemente—, no hay para sentir tantos ascos. Soy la hija de un arquitecto, tan famoso, que ustedes mismos le encargaron la construcción de esta casa.

—No dudo de que entonces fuera famoso, muchacha, pero luego se hundió. Fue un fracasado, un don nadie. Terminó quitándose la vida porque no podía soportar que la gente se burlara de él.

Las lágrimas asomaron tímidamente a las pupilas de Lorena.

Miró a Pat.

Pero Pat no decía nada.

Dejaba hablar respetuosamente a su madre.

—Nadie se burlaba de papá —dijo ella—. Se quitó la vida por una depresión nerviosa, eso es todo. Mejor dicho, no sabemos si se quitó la vida. Dejó una carta diciendo que se mataba, pero nadie ha descubierto su cuerpo aún. Pudo ser un truco para irse… para irse incluso con otra mujer que no fuera la suya. No intento defender a mi padre, señora Seymour, pero tampoco quiero que lo insulten. Jamás fue un fracasado. Cuando desapareció, acababa de realizar precisamente uno de los mejores rascacielos del Oeste Central. Si eso es un arquitecto del que la gente se burla, que me aspen.

La millonaria ni la oía.

Era una de esas mujeres que sólo se escuchan a sí mismas.

—En fin —dijo—, no discutamos eso ahora, puesto que, al fin y al cabo, no tiene importancia. El resultado va a ser el mismo. Entrarás en la familia.

Lorena guardó silencio.

No sabía bien a qué venía aquello, en un momento así.

—Entrarás en la familia, aunque no me gustas —añadió con desdén, la señora Seymour—. Eres muy poca cosa para Pat, y jamás hubiera accedido a la boda, pero me resignaré. Te casarás con Pat, a cambio de tu silencio.

—No quiere que nadie ensucie la memoria de Estephanie con el

relato de su crimen, ¿verdad?

—Naturalmente que no lo quiero.

—¿Y piensa comprarme con… con la mano de Pat?

—Si perteneces a la familia, ya no podrás traicionarla.

—¿Piensa que, de otro modo, la hubiese traicionado? ¿Piensa que habría faltado a la memoria de Estephanie, después de que ella confió en mí más que en ninguna otra persona en el mundo?

La voz de Lorena se había alterado, pero seguía sonando firme y respetuosa a la vez. Todos los demás, incluido Pat, guardaban un opresivo silencio. La millonaria dijo secamente:

—Nunca se sabe. En fin, ya nada hay que discutir. Te casarás con Pat. ¿No es eso lo que andabas buscando?

Lorena negó con la cabeza.

Sus ojos se habían extraviado.

Nunca hubiera sospechado que iba a decir aquello con tanta facilidad, casi con tanta alegría. Nunca había pensado que unas palabras tan graves le iban a causar una liberación tan profunda.

—Yo no buscaba nada, señora Seymour —dijo—. Quería a Pat porque habíamos jugado de niños cuando mi padre construía esta casa sobre los sótanos y los cimientos de la anterior. Le quería porque le consideraba un igual, no un superior. Porque me parecía el hombre de mi vida. ¿Es usted incapaz de entender una cosa tan sencilla? ¿No puede ni siquiera imaginar que el dinero de Pat me haya importado un comino? ¿No entiende que no haya aceptado ni el préstamo de uno de sus coches para venir a la boda? ¿No comprende que en mí puede haber esa cosa tan elemental que se llama amor?

Movió la cabeza pesarosamente.

—No —dijo—. No lo comprende, señora Seymour. Jamás lo entenderá. Esto es para usted como hablar con el lenguaje de los ángeles, cuando usted sólo entiende el lenguaje de los banqueros y de los notarios. Muy bien. Pues quédese con él. No necesito que me compren para guardar un secreto que hubiese guardado de todos modos. No diré lo que sé ni aunque me arranquen la piel a tiras. ¿Ha entendido? ¡Ni aunque me arranquen la piel a tiras! ¡Y ahora quédese con su precioso heredero! ¡Métalo en una caja de ahorros, a ver si le da intereses! ¡Guárdeselo…!

La muchacha, mientras hablaba, había saltado de la cama. Todo

su hermoso cuerpo vibraba. Sus ojos reflejaban una pena profunda, pero también un firme deseo de luchar. Avanzó hacia la puerta.

Una vez allí, se detuvo.

Nadie había intentado frenarla. Ni siquiera Pat, en quien ella había confiado hasta el último segundo, creyendo que, con una palabra o un gesto, lo cambiaría todo.

Pero Pat permaneció silencioso y quieto. La muchacha sintió que las lágrimas quemaban ya definitivamente sus ojos.

—Muchas gracias, doctora Swason —dijo—. Muchas gracias, señor Ronson. Ustedes han sido honrados y han cumplido con su deber. Y a ti también muchas gracias, Pat, por haberme quitado la venda de los ojos. No sabes el bien que me has hecho.

Y salió.

Tenía los puños apretados, en un gesto de dolor.

Pero ella no se daba cuenta.

Casi se hundió en las solemnes escaleras de piedra cuando se encontró ante ellas. Las piernas le fallaban. Casi se desplomó desde lo alto, lo que hubiera significado quizá su muerte.

Pero más de una docena de brazos la sujetaron a la vez. Los polizontes que montaban guardia no iban a perder aquella oportunidad. Llevaban veinticuatro horas esperando…

CAPÍTULO III

El tocadiscos automático del bar desgranaba una melodía pasada de moda. Lorena Benson había hecho la selección sin mirar, sin importarle nada, pues el mismo asco le producía escuchar una música que otra. Después del tercer *whisky*, ya empezaba a verlo todo gris. Y eso que le habían dicho que, después del tercer *whisky*, se veía todo rosa…

Cochina propaganda.

Estúpida sociedad, que le promete a una paraísos de dólar cincuenta.

El barman le puso delante otro alto vaso.

—Es el último que le sirvo, señorita —dijo—. Va el cuarto.

—¿El cuarto? ¿Es que no puedo beber lo que quiera?

—En mi establecimiento, no. Tengo licencia para despachar bebidas alcohólicas, pero no admito borrachos. Y no me gusta tener mujeres en mi establecimiento, ¿sabe? No me gusta.

—Oiga, no crea que soy una zorra…

—Ya sé que no, pero aquí no entran chicas.

La muchacha miró el alto vaso, con los ojos ya completamente turbios.

—Lo ha rebajado —dijo—. Le he pedido un *whisky* puro, y usted me ha metido un litro de agua de color. Maldito cerdo.

—Está usted borracha. Pague y váyase.

La muchacha no le hizo caso.

Se encogió de hombros. Bebió un sorbo de aquella especie de medicina, y clavó sus ojos en la calle que se veía más allá de las vidrieras del establecimiento. Era la estrecha, la turbia, la ajetreada, la aperreada Calle Cincuenta. Pesados camiones la recorrían, mientras una taladradora hacía un ruido imposible, al levantar el pavimento.

Y entonces la muchacha lo vio.

Borró de sus labios el mohín de asco.

Al fin y al cabo, era una cara amiga.

—¿Dónde está Mefistófeles? —preguntó—. ¿Ya la ha plantado?

Tony Milian, el periodista más tronado de Estados Unidos, se sentó a su lado en un taburete y le retiró de los dedos el vaso de *whisky*.

—No puedo pagarme otro —dijo—. ¿Me permite que lo acabe?

—Claro… Pero ¿dónde está Mefistófeles? ¿Ya no saca dinero de ella?

—La verdad es que nunca lo he sacado. Mefistófeles no es un negocio, pero seguiré con ella hasta terminar el reportaje. Y, ¿sabe una cosa? Estoy empezando a darme cuenta de que eso de las ciencias ocultas no es tan falso como la gente suele creer. Ha sido ella, Mefistófeles, la que me ha indicado que estaba usted aquí.

—¿De veras?

—Bueno… Los periódicos y la guía telefónica la han ayudado un poco. Los periódicos le han dicho que a usted la habían interrogado después del misterioso suicidio de Estephanie Seymour, y que además había tenido que soportar una rueda de Prensa de media hora con esos infatigables enemigos míos, los otros periodistas. Los diarios han añadido que usted había regresado a Nueva York. Y, en fin, la guía telefónica le ha explicado a Mefistófeles cuál era el domicilio de usted. Lo demás ha sido pura deducción: Mefistófeles ha llegado a la conclusión de que una chica en la situación de usted acabaría mamando licor en todos los tugurios de Nueva York que estuvieran cerca de su casa. Yo le he hecho caso…, y ya ve.

Tomó el vaso y llevó a la chica a una de las mesas. Nadie había allí a esa hora, las cinco de una tarde lluviosa y gris. Nueva York tenía el aspecto de una inmensa ratonera, pero al menos era una ratonera conocida y casi íntima. El periodista más tronado de Estados Unidos dijo en voz baja:

—Las revistas sentimentales hablan mucho de usted. Dicen que ha roto su compromiso con Pat Seymour.

—Sí.

—¿Por eso bebe?

—No.

—Parece usted poco explícita, muñeca.

—¿Qué pretende? ¿Sacar para un reportaje? No sea idiota,

hombre. Tampoco se lo publicarán.

—Aunque le parezca mentira, no trato de sacar nada. No estoy aquí trabajando. Y además, mi instinto me dice que es usted un pozo seco, que ya no hay nada que sacar de su conciencia.

—Tiene razón. Lo he dicho todo.

—Está bien, pues al menos no beba. ¿Sabe cuál es mi única virtud? He sufrido tanto, que al final ya he llegado a comprender a las personas que sufren. Y usted está pasando por un mal momento, hermana, de modo que al menos tenga la valentía de aplicarse la Ley Seca y meterse en cama todo lo sólita que pueda. Venga, la acompañaré.

A pesar de lo que había dicho que no tenía dinero, pagó lo que la muchacha había bebido, y la sacó del local. Ella le miró con sorpresa, mientras caminaban hacia la Avenida Ocho.

—¿Siempre hace eso con las chicas? ¿Siempre se comporta así?

—Oh, no… A veces, no pago. Si cada tarde hubiera de abonar cuatro *whiskys*, ni Mefistófeles me salvaba. ¿Vive usted sola?

—Ahora, sí.

—¿Y antes, no? ¿Con quién vivía?

—Con mi madre. Pero nos separamos porque ella tiene mal carácter.

—¿Fue ésa la causa de que su padre se marchara? ¿El mal carácter de su mujer?

Lorena le miró con sorpresa. Cruzaron la calle a pasos rápidos porque venía un autobús, lanzándose encima. A la altura de Broadway, las primeras luces de neón de un *burlesque* empezaban a pregonar su singular mercancía: *Exciting girls*… *Exciting*… *Exciting*…

La gente salía de su trabajo.

Nueva York aún vibraba, pero empezaba a tener, al final de la jornada, sus primeros perfiles lánguidos.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Lorena—. ¿Cómo sabe que mi padre se marchó?

—Lo del arquitecto Benson lo sabe todo el mundo. Lo de su carta de suicidio también.

—Pero usted no cree que se suicidara.

—Ni usted tampoco —apuntó el periodista.

Ella cerró un momento los ojos.

—¿Qué cree Mefistófeles? —preguntó.

—Que se largó con otra.

—No, no es posible.

—¿Y por qué no?

—Mi padre está muerto.

—Parece muy segura. ¿Por qué? ¿Usted cree que la presunta carta de un suicida prueba algo, cuando ni siquiera se ha descubierto el cadáver? Su padre está en Acapulco con una señora. Perdone que sea tan cruel, pero al fin y al cabo, prefiero decirle lo que pienso.

—Reconozco que mi madre tiene muy mal carácter, y que papá pudo marcharse por eso —susurró Lorena—, pero está muerto. Seguro que ahora está muerto. Lo está. A mí me quería con toda su alma, y, a lo largo de estos dos años, se hubiera puesto en contacto conmigo. Sobre todo, después de lo que me acaba de pasar y que los periódicos han publicado. Papá no se hubiera mostrado insensible a una cosa así. Me hubiera escrito o hubiese venido a verme, aunque estuviera en el fin del mundo.

—Tiene usted mucha fe en él.

—Papá era esencialmente un hombre bueno. Y, sobre todo, me quería.

—¿Por eso piensa que está muerto?

La muchacha dijo lúgubremente:

—Todas las noches rezo por él.

* * *

Abrió la puerta de su departamento.

Era modesto, como casi todos los que están en la Avenida Ocho. La casa era vieja, pero todo estaba limpio allí. Tony entró con la mayor naturalidad, buscó la cocina y puso al fuego una cafetera bien cargada.

—¿Qué va a hacer?

—Necesita un trago que no sea de *whisky* —dijo él—. Se lo serviré bien caliente.

Ella se había sentado en el único diván. No se acordó de que hacía una espectacular exhibición de piernas. Pero el periodista más tronado de Estados Unidos debía estar, encima, mal de la vista,

porque no se fijó. Mientras servía el café, preguntó con suavidad:

—¿Asustada?

Ella se revolvió.

Jamás había pensado que adivinarían sus ideas de aquel modo.

Por eso, porque se las habían adivinado, se crispó como si aquello hubiera sido un insulto.

—¿De qué voy a estar asustada? —murmuró.

—No lo sé… Quizá de su padre.

—¡Qué tontería! Hasta ahora, no se me ha aparecido por las noches.

—Pues quizá de su madre.

Ella cerró los ojos.

Maldito adivinador. Quizá, al fin y al cabo, de aquella condenada Mefistófeles se le había pegado alguna cosa.

Porque lo cierto era que ella estaba asustada, y lo estaba a causa de su madre. Lorena no había explicado, en modo alguno, ni a ella ni a nadie, que Estephanie se había suicidado por remordimiento, después de su espantoso crimen. Pero, en cambio, sí que había tenido que decirle que los Seymour la habían despreciado, y que ella no se casaría ya con Pat. La reacción de su madre había sido helada y cruel. Nunca imaginó ver en su rostro aquellos ojos tan inhumanos y tan duros.

—Esos perros no tenían por qué despreciarte —bisbiseó.

—Lo sé, mamá, pero hay que olvidarlo. Ha sido una suerte darse cuenta antes.

—Yo no olvido.

—Mamá… Es cosa mía.

—Y mía. Lo pagarán con sangre.

«Lo pagarán con sangre…». ¿Qué había querido decir? ¿Qué sentido tenía?

Seguramente, ninguno.

No pasaría nada.

Pero Lorena estaba asustada aún, porque la conversación con su madre había tenido lugar aquella misma tarde. Ésa era, precisamente, la razón de que se hubiese dedicado a beber. No podía olvidarla.

Tony Milian desvió el tema.

Quizá se daba cuenta de que no había sido correcto.

—¿Qué tal hombre era su padre? —preguntó.

—Muy buena persona. Y un gran arquitecto.

—Ya he visto algunas de sus obras. Pero resultaba un poco extraño, ¿no? Parecía como si odiara las líneas rectas. Para él, la forma ideal de la arquitectura es la elipse.

—Decía que las elipses muy abiertas permiten aprovechar más la luz, y encima, son de una gran elegancia.

—No lo dudo, pero la gente no le acabó de entender. Muchos le llamaban loco, ¿no? Me parece que en los últimos años ganó poquísimo dinero porque nadie le hacía encargos.

La muchacha bebió silenciosamente un sorbo del café que él le acababa de servir.

—Poquísimo dinero —reconoció—. Por eso me he criado, en el sentido material, como una chica pobre.

—Entonces, era desgraciado también a causa de su profesión, ¿no?

—Sí, mucho. Constantemente estaba lamentando que nadie le entendiera. Pero me lo decía a mí, no a mamá, porque yo era la única capaz de escucharle sin sacar, al final, el odioso tema del dinero.

—¿Y cree que una cosa así pudo llevarle al suicido?

—Sé que mi padre está muerto —dijo ella sombríamente—, pero también sé que es absurdo el que se quitara la vida cuando desapareció. Por fin, después de muchos fracasos, había vuelto a estar contento y a tener fe. Le habían hecho un encargo fabuloso. Mal pagado, pero era el mejor rascacielos del Oeste Central. Lo hizo con la ilusión de un principiante. Continuamente hablaba de él. Estuvo dos años dirigiéndolo, se lo pagaron, y al cabo de un par de meses, fue a verlo ya en funcionamiento. Tenía que ser un gran centro comercial. Pero cuando volvió junto a nosotros, había cambiado todo. Estaba deshecho.

—¿Por qué?

—No lo sé. No llegó a decirnos nada. Aquella misma noche desapareció, y dos días más tarde recibimos su carta, diciendo que se iba a quitar la vida inmediatamente, pero que jamás descubriríamos su cadáver, y así…, así ha sido.

Unas lágrimas quemaban en el fondo de las pupilas de Lorena. Se había olvidado del café. Tony Milian supo adivinar que aquellas

lágrimas no eran sólo de pena o de miedo, sino que también tenían otra causa.

—¿No le dijo nada más? —susurró.

—Sí —musitó Lorena.

—¿Qué le dijo?

—Olvídelo, ¿quiere? Al fin y al cabo, es asunto mío. No va a sacar nada en limpio de todo esto.

—Nada trato de sacar. Pero ¿por qué no me lo cuenta? Quizá así se sentirá más aliviada. A veces, va bien contarle las dudas a alguien, aunque sea a un perdido como yo.

—Dijo que si alguna vez lo necesitaba, me ayudaría —bisbiseó ella, con una voz que apenas sonó en la habitación—. Dijo que me ayudaría después de muerto.

CAPÍTULO IV

Cuando uno llega a Kansas City, recuerda inevitablemente que aquélla fue una gran ciudad del Oeste Central, famosa por su riqueza y por su violencia, pero al cabo de poco tiempo se olvida de ello. Kansas City, la ciudad que pertenece a dos estados —el de Kansas y el de Missouri— es hoy un gran centro comercial, donde todo parece ordenado, pacífico, incluso un poco puritano, pero donde la dureza de las viejas costumbres subsiste bajo una capa apacible. Ya no hay pistoleros que se desafían a la salida de los *saloons*, pero hay taimados asesinos en las autopistas y bandas motorizadas que cometen delitos a un lado y otro del territorio, hasta que son abatidas sin piedad por los calibre «38» de los federales. Kansas City parece una cosa, y en realidad sigue siendo lo que siempre fue: una ciudad peligrosa.

Al llegar, sin embargo, a Kansas City aquella tarde, Lorena Benson tuvo una inmensa sensación de paz. El viaje en el tren le había hecho recorrer llanuras interminables que acabaron calmando sus nervios. El hotel en que se hospedó era tranquilo y acogedor. Desde sus ventanas se divisaban un poco del río Missouri, la vieja ruta de los tramperos que por aquel y otros cursos de agua llegaron hasta el Pacífico y el Canadá, abriendo las rutas de un nuevo continente. Había bastantes rascacielos, pero la sensación de llanura lo dominaba todo. Y entre todos aquellos rascacielos, Lorena Benson descubrió el construido por su padre.

Después de ducharse y cambiarse de ropa, salió a la calle para dirigirse hacia allí. Contó su dinero, y vio que aún podía permanecer un par de días en Kansas City, aparte de pagarse el viaje de vuelta. Eso le permitiría visitar con calma la última obra de su padre, el edificio, después de terminar el cual —y sin que se supiera por qué— decidió retirarse del mundo de los vivos.

La muchacha se detuvo ante el rascacielos.

No era el más alto de la ciudad, pero sí el más original.

Tenía forma de elipse, como los últimos edificios ideados por su padre. Las ventanas eran absolutamente todas de cristal, opaco, y no podían abrirse. Eso significaba que la temperatura y el aire dentro del edificio, en invierno y en verano, eran rigurosamente artificiales.

A Lorena no le gustaba aquello, porque equivalía a aceptar una forma de vida completamente inhumana, pero había de reconocer que muchos arquitectos modernos ya trabajaban de ese modo, como si tuvieran odio a la naturaleza. Creaban nichos para hombres, donde no entraba ni el color verde de una hoja, ni el trino de un pájaro, ni un soplo de aire puro. Incluso había algunos que querían eliminar las ventanas, de tal modo que uno, al levantarse, no sabía qué tiempo hacía y qué ropa tenía que ponerse. Pero una combinación de colores, situada en la pared, ¡oh, maravilla!, le indicaba, mediante complejos sistemas electrónicos, el tiempo que hacía en el exterior. Es decir, pagaba una pequeña fortuna por saber lo que hubiera sabido hasta el más tonto, mirando por una ventana.

Lorena odiaba todo eso.

Y lamentaba que su padre hubiera construido un edificio así, sin huecos que pudieran abrirse. Pero ésa era su única característica inhumana. Por lo demás, el color externo estaba magníficamente logrado, con una gradación suave de los lilas a los rosas, y que cambiaba según la luz del sol. La entrada era amplia y acogedora. Y sobre ella, como una especie de homenaje al hombre que construyó el edificio, estaba su nombre en grandes letras de mármol rojo: «Benson's Building».

Era un gran honor.

Pero entonces, ¿por qué su padre había vuelto tan deprimido, después de verlo en funcionamiento? ¿Por qué dijo que se quitaba la vida?

La muchacha miró nuevamente el edificio desde el exterior. La parte más alta estaba coronada por una pequeña torre en forma de pirámide. Sobre ella, a una inmensa altura sobre el suelo, había una figura con los brazos extendidos. En cierto modo, podía recordar el famoso Cristo del Corcovado, de Río de Janeiro, la enorme mole de piedra que tiene los brazos en cruz, dominando la maravillosa ciudad. Pero se notaba, desde abajo, que la escultura situada en lo

alto de la torre estaba fundida en aleación ligera. Brillaba mucho. Los brazos extendidos en cruz eran muy largos, y las manos abiertas resultaban enormes. La utilidad de todo eso estaba clara: las enormes manos recibían la fuerza del viento, y la figura giraba. Era sencillamente una veleta, la más original que Lorena había visto nunca.

Pero eso dejó de preocuparla bien pronto.

Por la puerta del edificio entraba bastante gente.

Numerosos conserjes uniformados atendían a los visitantes. Todo daba sensación de seriedad y lujo. En las plantas más bajas, unos grandes carteles exteriores, esculpidos en metal, indicaban la índole de los negocios instalados allí: «Floristería», «Sociedad de abogados Wallace», «Gestoría administrativa Riley», «Maquillador Stuart», «Oficina de Prensa», «Hotel Newport», «Restaurante de la Despedida».

Lorena sonrió sin ganas.

«Vaya nombrecito… “Restaurante de la Despedida…”. Podían haberle puesto un título más alegre…».

Pero en seguida lo olvidó. La verdad era que el edificio tenía éxito. Era un auténtico inmueble comercial, bien construido. La muchacha lo veía por primera vez, y a cada momento comprendía menos por qué su padre se dejó deprimir de tal modo, y acabó escribiendo aquella extraña carta. Muchos arquitectos de Estados Unidos se hubieran sentido orgullosos al construir un edificio así.

Lorena quiso verlo por dentro.

Anochecía ya sobre Kansas City, pero el movimiento de entradas y salidas no cesaba. Era curioso que entraran y salieran familias enteras, como si tuvieran negocios comunes que resolver allí. Aunque no había por qué extrañarse, puesto que en el rascacielos existían un restaurante y un hotel. La muchacha se acercó también a la entrada.

Vio que se podía llegar en coche hasta el hotel, por medio de unas suaves rampas.

Sin embargo, la entrada principal de vehículos debía estar en la parte trasera del edificio, porque unos carteles lo indicaban. La muchacha los leyó distraídamente, pensó que aquella parte posterior no le interesaba tanto, y se dirigió hacia las grandes cristaleras de las puertas automáticas.

Quería ver bien la última obra de su padre. Quería comprenderlo, ahora que se sentía tan desgraciada como debió sentirse él.

Un conserje uniformado de gris le cortó, amablemente, el paso.

—¿Tiene usted algún familiar aquí, señorita?

Lorena se sorprendió.

No dejaba de ser aquélla una pregunta bastante estúpida.

Pero como se lo preguntaban amablemente, contestó con la misma amabilidad:

—No, no tengo ningún familiar.

—Entonces, ¿adónde va?

—De momento, al restaurante, y luego, es posible que compre algunas cosas.

—Oh, claro. Perdone.

El conserje hizo un saludo y la dejó pasar.

Lorena Benson se dirigió, efectivamente, al restaurante, puesto que ya era la hora de cenar. Se encontraba en el segundo piso, y estaba bastante concurrido. Mucha gente vestía con rara solemnidad; es decir, vestía de negro. No se oían conversaciones; el ambiente era selecto, pero más bien lúgubre. Lo que se dice pasar allí una buena velada era punto menos que imposible.

Había numerosas familias completas.

Y algunos hombres solitarios y serios.

Pero, sin embargo —cosa curiosa—, no se veía a ninguna pareja. No había allí novios, ni siquiera lo que se llama *un plan*.

Un untuoso *maître* vino a su encuentro.

Era un tipo alto, delgado, de ojos brillantes y sonrisa canina.

Había algo extraño en él.

No se sabía lo que era.

Pero repelía.

Era como si de pronto, Lorena hubiese visto, a través de unas cortinillas, una escena del otro mundo, una escena que se borraba en seguida.

Palideció.

Pero el extraño *maître*, que parecía surgido de una película de Drácula, le señaló con amabilidad una mesa.

—¿Viene sola, señorita?

—Sí.

—¿Espera a algún pariente?

La muchacha palideció aún más, pero no supo por qué. Otra vez la palabra *pariente* o *familiar*. ¿Por qué razón? ¿Es que allí no venían nunca personas solas?

—No, no espero a nadie —dijo.

—Sírvase.

Le había dado la mejor mesa. Le retiraba la silla con respeto. Aquel tipo tenía algo de extraño, de siniestro, pero no podía negarse que era servicial. E incluso, mirándolo bien, había algo en él que inspiraba confianza.

—¿Quiere la carta de especialidades, señorita? —susurró.

—¿Especialidades?

—Sí. Hoy tenemos riñones de buey *Latour*. No crea que los tenemos todos los días. Son excepcionales.

—¿Buey *Latour*? Jamás lo oí mencionar.

—Claro… No lo ha oído mencionar porque es una especialidad de la casa. Los bueyes *Latour* tienen los riñones pequeños, muy sabrosos y con mucha grasa. Son alimentados casi exclusivamente con cerveza.

—He oído decir que en el Japón hay algunos bueyes a los que se alimentan así —musitó Lorena (El dato es rigurosamente cierto. Por lo general, esa carne, muy blanda y sabrosa, sólo puede consumirse en unos pocos restaurantes de Tokio).

—Claro, pero no tienen comparación con los *Latour*. De los bueyes japoneses que usted dice se aprovecha todo, mientras nosotros no utilizamos prácticamente más que los riñones. Son deliciosos. ¿Quiere probarlos?

La muchacha negó con la cabeza.

—No, gracias, no me apetece la carne, ahora. Supongo que tendrán pescado.

—Claro que sí, señorita. Delicioso pescado del Missouri. Mire, aquí está la carta.

Lorena Benson encargó un plato de pescado, muy ligero, y se lo sirvieron en seguida. Estaba muy bien condimentado. Mientras comía, oyó que dos clientes de una mesa contigua casi se peleaban por los riñones *Latour*. Por lo visto, los había muy pocas veces, y eran un plato muy codiciado.

Hasta, por un momento, lamentó no haberlos probado.

En fin, ya los probaría otro día. Aún pensaba estar algún tiempo en Kansas City.

Pagó la factura, que era muy discreta, y se dispuso a hacer algunas compras en las galerías comerciales situadas en el mismo piso y en el piso superior. Había allí de todo, desde modas —con muchos vestidos de luto— hasta marroquinería y agencias de seguros y de viajes. También tenían instalados sus despachos bastantes abogados, además del que se anunciaba en la fachada principal, y que debía ser el más importante.

Lorena miró los escaparates.

No compró nada.

Quizá era un sentimiento estúpido, pero no podía evitarlo. La dominaba una fuerte sensación de irrealidad, una sensación invencible de que aquello no existía.

Varias veces tuvo que pellizcarse a sí misma.

La gente que pasaba a su lado no hablaba.

Hombres y mujeres eran como fantasmas.

Parecían moverse en otro mundo, en otro tiempo.

Lorena Benson decidió salir de allí. No se sentía bien. Todo aquello le resultaba terriblemente depresivo, y lo peor era que no podía explicarse las causas.

¿Quizá a su padre le había ocurrido lo mismo?

¿Quizá se había sentido vencido también por aquella depresión, que ella no podía entender?

Dobló entonces un recodo, y vio un ascensor de paredes metálicas, que iba a cerrar sus puertas. Corrió impulsivamente hacia él. No sabía lo que le pasaba. Era como una obsesión, era como una huida.

Tres personas más estaban en el ascensor.

Las tres, herméticas y silenciosas.

El empleado, que ya iba a cerrar las puertas, detuvo su gesto para que pasara. Preguntó a Lorena:

—¿También al final?

Ella ni siquiera se fijó en la pregunta. Supuso maquinalmente que el final era la salida del rascacielos.

—Sí —dijo—. Gracias.

Ascendieron.

La muchacha sintió que temblaban sus labios.

¿Por qué no descendían?

O ella se había equivocado, o el extraño rascacielos construido por su padre tenía también una salida por la cumbre.

Pero no dijo nada, por curiosidad y en parte por vergüenza. Tenía miedo de hacer el ridículo.

El ascensor se detuvo en un pasillo rigurosamente metálico, con paredes que parecían de aluminio. Uno tenía la sensación de encontrarse dentro del fuselaje de un Boeing. Hacía allí una temperatura molesta, casi glacial.

Las tres personas que habían viajado con ella se dispersaron. Todo aquello funcionaba con una lejana indiferencia. El empleado del ascensor dijo:

—Cuando quieran descender, me avisan.

Y desapareció.

La muchacha quedó unos instantes desconcertada en el pasillo silencioso. Tuvo el impulso de decir al empleado que aguardase, pero cuando se volvió, ya había desaparecido. Miró entonces en torno suyo, mientras la volvía a dominar aquella sensación de lo irreal y de lo absurdo. Avanzó unos pasos y vio que, desde luego, allí no había ninguna salida.

Pero entonces, ¿dónde se habían metido los otros tres que viajaban con ella en el ascensor?

¿Se los habían tragado las paredes?

Vio que las puertas eran todas metálicas, y parecían sólidamente empotradas en las paredes. La sensación de estar en un avión o un submarino se acentuaba, al ver aquello. ¿Por qué su padre había construido una cosa tan moderna, tan funcional, y al mismo tiempo tan extraña? ¿Qué había pensado, al hacer aquello?

No quiso averiguarlo.

Era mejor salir de allí.

En cierto modo, ya no podía más.

Fue a dirigirse de nuevo hacia la boca del ascensor para llamarlo.

Y entonces vio que alguien abría, desde dentro, una de aquellas puertas metálicas.

Fue una cosa muy fugaz.

La muchacha apenas pudo ver el interior.

Pero se dio cuenta de que era una sala espaciosa, bien

amueblada, donde imperaba una luz blanca.

Dentro de aquella sala había una persona sentada en una butaca.

Y allí fue donde Lorena Benson sintió hasta su médula el frío de la muerte.

Allí fue donde sus ojos se desencajaron.

Donde la lengua se le pegó angustiosamente al paladar.

Porque la persona que estaba sentada en aquella habitación, esperando, era… ¡era Estephanie Seymour!

… ¡Era la muerta!

CAPÍTULO V

Todo lo que había sido la existencia de Lorena Benson pasó ahora delante de sus ojos como una vieja película. Le ocurrió lo que dicen les ocurre a los ahogados, que recuerdan instantáneamente las escenas de su pasado, poco antes de morir. Y es que la sensación que tuvo Lorena Benson fue precisamente ésa: fue la sensación de la muerte. La de que había entrado en otro planeta, una especie de planeta del horror, del que ya no saldría viva.

Sus piernas se negaron a sostenerla.

Cayó a tierra, pero resbalando su espalda sobre la pared metálica. Aquella pared estaba tan limpia y resbaladiza como si acabaran de enjabonarla. Todo allí daba sensación de limpieza, de frío y al mismo tiempo de horror. Era otro mundo, un mundo que no estaba en Kansas City, sino en el reino de los muertos…

Anduvo a gatas para salir de allí.

Pese a haber intentado animarse, estaba más asustada cada vez. Necesitaba alejarse. Dobló un recodo, mientras oía un estertor que brotaba de su propia garganta.

Así estuvo bastante rato.

No supo cuánto.

Hundida en aquel clima de horror, en aquel universo sin sentido.

Todos sus músculos vibraban. Le faltaban las fuerzas, y se sentía incapaz de sostenerse en pie.

Pero la necesidad de salir de allí la hizo levantarse poco a poco. Hacía falta llegar al ascensor cuanto antes, o se volvería loca. Apoyándose en la pared metálica, logró recuperar la vertical y avanzó hacia el recodo. Lo que le inspiraba más horror era pensar que tenía que pasar de nuevo frente a aquella puerta.

Pero se rehízo.

Avanzó casi a tientas.

Con los temblorosos dedos por delante.

El silencio era tan absoluto, tan espectral, que se metía hasta la sangre como un veneno.

Lorena se detuvo en el recodo.

Era incapaz de avanzar más.

Los músculos no le obedecían. La visión de aquella puerta metálica la trastornaba.

Miró hacia delante, con los ojos desencajados.

Y de pronto, tuvo un movimiento impulsivo, un gesto que la llevó violentamente hacia atrás, ocultándose de nuevo en el recodo. Porque la puerta metálica…, ¡se había abierto otra vez!

¡Alguien salía!

La muchacha vio una figura negra.

Pero aquella figura no tenía nada de siniestra.

Era la de una mujer, una muchacha, que andaba ágilmente sobre sus altos tacones. Vestía de luto. Lorena no pudo reconocerla, porque la tenía de espaldas, pero había en ella algo familiar, algo que trajo a su memoria confusos recuerdos.

¿Dónde la había visto antes?

¿Quién era?

Pero aquella mujer que se estaba alejando era al menos un ser vivo, y obraba con la mayor naturalidad, de modo que tuvo la virtud de disipar, en parte, los temores de Lorena. Hizo un gesto de decisión, y empezó a seguirla.

Iba hacia el ascensor.

Pero la alcanzaría antes, porque la mujer vestida de luto tenía que llamarlo y esperar a que llegase.

Sin embargo, las circunstancias no favorecieron a Lorena esta vez. El ascensor llegaba en aquel momento, y las puertas se abrieron automáticamente. El *maître* vestido de negro, aquel silencioso, siniestro y al mismo tiempo servicial personaje, apareció dentro de la cabina. Hizo una inclinación ante la muchacha, salió y se perdió entre las sombras.

La muchacha había pasado al interior en seguida. Las puertas del ascensor se cerraron, y la cabina empezó a descender.

Lorena no había llegado a tiempo de entrar.

Quedó detenida, anhelante, ante la puerta.

Aún veía la espalda del *maître* alejándose, por lo que podía llamarle, hacerle alguna pregunta, pedir que la acompañase… Pero

aquel hombre, no sabía bien por qué, le daba miedo. Más que nunca le recordaba a un personaje salido de una película de Drácula.

De modo que la muchacha no le llamó. Lo que hizo fue pulsar ansiosamente el timbre del ascensor.

Éste llegó al cabo de unos segundos. Pero ya estaba vacío, porque había dejado a su pasajera en alguna planta inferior.

El empleado se dio cuenta de la palidez terrible de Lorena, pero no se sorprendió. Por lo visto, allí abundaba la gente que estaba pálida.

—¿Abajo, señorita?

—Sí. Bueno… Es decir…

—¿Qué, señorita?

—Una amiga mía ha descendido hace un momento. Una joven que vestía de negro.

—Ah, sí.

—Tengo que reunirme con ella. ¿Adónde ha ido?

—Al despacho del abogado Torrent. Séptimo piso.

—Lléveme allí, por favor.

—Con mucho gusto.

Todo volvía a ser natural, apacible. La muchacha sintió de nuevo el frío en la columna vertebral. Pero ¿en qué mundo se había metido? ¿Qué sitio era aquél, al que Estephanie había venido, después de muerta?

No tuvo demasiado tiempo para pensar.

El empleado susurró:

—Séptimo piso. El despacho del señor Torrent está a la izquierda.

La muchacha anduvo vacilando en la dirección indicada. Aquí los pasillos eran normales y estaban decorados con mármol rosa. Muchos despachos estaban cerrados, pero otros aún funcionaban. Uno de ellos decía en su elegante puerta de cristales: «B. Torrent. Abogado y gestor».

Lorena entró.

Un hombre de media edad salió a su encuentro, en compañía de una secretaria. Al parecer, iba a marcharse ya. Hizo un leve gesto de contrariedad al ver entrar a Lorena, pero al fin sonrió amablemente.

—Iba a cerrar, señorita —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Usted es el señor Torrent?

—Sí, soy el abogado Torrent. A sus órdenes.

—No quisiera molestarle, pero hace un momento ha venido aquí una amiga mía. Vestía de luto.

—Ah, sí, la señorita Seymour.

—¿La… qué…?

—La señorita Seymour. ¿No la conoce? ¿No acaba de decir que es amiga suya?

—Estephanie está…, está muerta.

—Pero ¿quién habla de Estephanie? Naturalmente que está muerta. Yo le estoy hablando de su hermana Patricia.

—¿Patricia…?

—Sí… Pero ¿es que le ocurre algo, señorita?

El abogado la miraba fijamente. La muchacha se sintió mareada, ante la insistencia de aquellos ojos.

—¿Dónde ha ido Patricia? —musitó.

—Aquí sólo ha venido a recoger un documento. Supongo que querrá cursarle por correo en seguida, porque es un permiso municipal que le hace falta. La estafeta la encontrará usted encima mismo de este despacho, en el piso de arriba.

—Gra… gracias.

Y la muchacha salió.

Comprendía que estaba llamando la atención, y que eso podía ser grave. Intuía un peligro, aunque no sabía de dónde podía venir. Por eso fue rápidamente por las escaleras hacia el piso superior.

En efecto, había una pequeña oficina de Correos allí. Vio a Patricia, que salía. Ahora la distinguió con perfecta claridad.

No cabía duda. Era una de las hermanas de Estephanie.

Una de las herederas de la fabulosa fortuna de los Seymour.

Pero ¿qué hacía en aquel edificio? ¿Por qué se movía con tanta tranquilidad, sabiendo que en la cima del rascacielos estaba el cadáver de su hermana?

Iba a abordarla para hacerle aquella pregunta, pero en ese momento Patricia dobló un recodo. Se dirigió a una zona donde había más ascensores. Tomó uno de ellos, cuya puerta se estaba cerrando ya.

Todo aquello resultaba asombroso.

Por un lado, el edificio daba la sensación de una absoluta

normalidad.

Por otro lado era…, ¡era lo más espantoso que Lorena había visto nunca!

Se situó junto a la puerta de otro ascensor, lo llamó y se metió en él, poco después. Pidió:

—Al último piso.

Estaba segura de que Patricia Seymour se habría dirigido allí.

Iría hacia la puerta que ella ya conocía.

Lorena salió en aquel piso que ya empezaba a serle familiar, y se encontró de nuevo ante las paredes metálicas parecidas a las del interior de un Boeing. Dobló el recodo para dirigirse hacia la puerta.

Una vez allí, se detuvo.

Necesitaba armarse de valor.

Contuvo la respiración e intentó pensar que, al fin y al cabo, todo tendría una explicación lógica.

Empujó el pomo.

La puerta no estaba cerrada por dentro.

Lorena Benson pasó.

Y vio los ojos de Estephanie Seymour, los ojos de la muerta, clavados en ella con una fijeza obsesionante.

Los ojos de la muerta…

CAPÍTULO VI

Lorena Benson cerró a su espalda. Oyó un chasquido metálico como el que hubiera producido la puerta de bronce de un panteón.

Su mirada extraviada pasó a lo largo y ancho de la habitación. Intencionadamente, no quiso fijarse en la muerta. Vio que aquello era una agradable sala de estar, donde no faltaban las alfombras ni los cuadros de buenas firmas, y donde había incluso un mueble bar cerrado, y dos puertas que debían dar a otras tantas habitaciones. Pero lo que más abundaba eran las butacas. Siete butacas, de las cuales sólo estaban ocupadas dos de ellas.

En una se encontraba Estephanie.

En otra, su hermana Patricia.

Lorena Benson suspiró con alivio. Al fin, había encontrado a una persona viva y conocida allí, a una persona que podría hablarle. Patricia Seymour parecía estar esperando su pregunta.

Lorena se apoyó de espaldas en la puerta.

La verdad era que se sentía desfallecida.

Pero se rehízo un instante después, y, con la confianza que da el encontrarse ante una persona conocida, musitó:

—Perdona, Patricia.

Se dirigió a Estephanie, y la miró muy de cerca. Fue entonces cuando se dio cuenta de una cosa admirable y a la vez horrible. Estephanie tenía los ojos absolutamente vitrificados, lo cual indicaba que habían sido tratados con alguna sustancia balsámica de enorme poder. En su cuello, si uno se fijaba muy bien, se apreciaba el nacimiento de un corte que debía llegar hasta las profundidades del abdomen, y que había sido cosido y disimulado cuidadosamente con una sustancia plástica parecida a la piel humana. Pero, no obstante, el sentido de observación de Lorena lo captó.

Todo aquello resultaba absolutamente revelador.

El cuerpo de la pobre Estephanie había sido embalsamado.

Lo habían colocado allí en una posición absolutamente natural, como si aguardase en una sala de espera.

No llevaba sus ropas de novia.

Usaba unas prendas de calle perfectamente normales, y que daban a su figura un aspecto de total naturalidad.

Por eso le había dado a Lorena, la primera vez que la vio, la sensación de que estaba viva.

Pero se trataba de un cadáver, un cadáver depositado allí, en un desesperado e inútil esfuerzo para apartarlo de la muerte. Lorena Benson sabía que esa técnica se emplea en muchas funerarias norteamericanas. Hay adelantos verdaderamente asombrosos en ese sentido. Lo que se ha hecho en cirugía con los vivos, se ha hecho en estética, en conservación y en naturalidad con los muertos.

Así, a muchas familias les parece que los seres queridos aún están con ellos. Durante un tiempo, aguantan esa ficción que les cuesta un río de dólares.

Pero no deja de ser consolador.

O quizá terrible.

En todo caso, era un mundo irreal, un mundo en el que Lorena Benson sentía que iba a volverse loca.

Volvió la cabeza.

Patricia seguía mirándola.

Pero sus ojos no eran vidriosos.

Sus ojos estaban fijos en ella con una especie de mirada dulce.

Lorena repitió:

—Perdona, Patricia.

Silencio.

Aquel silencio irreal, cargado de presagios, que le había acompañado desde que entró en el rascacielos.

—Sé que todo esto es absurdo, Patricia —dijo ella, mientras respiraba con angustia—. Si quieres que te diga la verdad, aún no sé por qué estoy aquí. Pero tengo miedo, y al menos es un consuelo encontrar en este infierno a una persona conocida.

Otra vez el silencio.

Patricia Seymour seguía mirándola fijamente.

Pero no contestaba.

—Comprendo que todo esto te parezca incorrecto, pero… Verás,

yo te explicaré cosas, y tú me las explicarás a mí. Creo que las dos nos necesitamos, en este momento.

Patricia siguió sin contestar.

Lorena sintió que se le contraía la garganta, y que otra vez la lengua se le pegaba al paladar.

Bisbiseó:

—Pa… Patricia…

Y llevó la mano derecha hacia allí. La sujetó por el vestido, o más bien la rozó. Pero eso fue suficiente para que el cuerpo que se encontraba en aquella butaca perdiese el difícil equilibrio que lo sostenía.

El cuerpo de Patricia Seymour rodó hasta el suelo.

Manchó de sangre la alfombra.

Y mostró entonces lo que tenía clavado en la nuca. Mostró el fino estilete, del que sólo sobresalía el mango labrado en plata.

CAPÍTULO VII

Si en este momento, Lorena Benson hubiese tenido que hablar, habría sido incapaz de decir lo que sentía. O quizá no sentía nada, porque el terror la había paralizado hasta en eso. Lo único cierto fue que su boca se abrió y cerró varias veces en sucesivos espasmos, mientras los dedos se crispaban en torno a la garganta, en lo que parecía un último gesto de agonía.

Los pensamientos se atropellaron.

Confusamente, se daba cuenta de algunas cosas. Cosas muy elementales, por supuesto, pero que eran éstas: a Estephanie la habían traído sus familiares allí para embalsamarla, y dar al cadáver un aspecto lo más natural posible, que permitiese incluso visitarlo durante un tiempo, sin perjuicio para la salud ni para la sensibilidad de nadie.

Patricia Seymour, una de sus hermanas, había venido probablemente a cuidar de los últimos detalles.

¡Pero a Patricia acababan de asesinarla! ¡La habían matado unos segundos antes! ¡La habían apuñalado por la espalda!

Eso significaba… ¡que el asesino aún debía estar allí!

La muchacha sentía que sus propias uñas se le clavaban en la garganta.

Estaba totalmente aterrorizada.

Hubiera sido incapaz de moverse, aun en el caso de ver a la mismísima muerte avanzando hacia ella.

El frío que imperaba allí era espantoso.

Lorena se dio cuenta de que estaba metida en una especie de cámara frigorífica, pero eso no era nada, ante el frío interior que sentía, y que parecía surgir del fondo de sus propios huesos.

Entonces oyó el chirrido de la puerta.

Era una de las puertas interiores.

Se estaba abriendo…

Lorena giró el cuello. Fue eso todo lo que pudo hacer. Otro movimiento más eficaz le habría resultado imposible.

Vio que de las dos puertas interiores que daban a la sala, una se había abierto. Por el hueco asomaba un rostro ancho, abotargado, brillante, sobre el que relucía un cráneo tan calvo como el de una momia…

No se trataba de una visión de pesadilla. Aquel hombre hubiera podido andar por las calles sin llamar la atención, pero aun así había en él algo de viscoso, de repelente, de bestial y de inhumano a un tiempo. Cuando cerró la puerta a su espalda, y avanzó hacia Lorena, la joven supo que acababa de encontrar a la muerte.

Era el hombre que había matado a Patricia Seymour.

Y avanzaba hacia ella…

Otro estilete, similar al anterior, descansaba en su mano derecha. Lorena entendía lo suficiente de aquellas cosas para saber que un solo golpe en el corazón acabaría con ella. Y era lo bastante inteligente para darse cuenta de que no podría esquivar el ataque porque estaba paralizada por el miedo.

Pero una cosa le favoreció. Aquel tipo estaba gordo, demasiado gordo. No lograría atacar con agilidad. Si ella pudiera saltar en el último momento… Si pudiera…

De pronto, hizo algo que nunca se hubiera creído capaz de hacer. No lo meditó. Fue algo impulsivo, y dictado por el sentimiento de la desesperación.

Sujetó con las dos manos el cadáver de Patricia.

Lo levantó con más facilidad de lo que esperaba. La angustia le daba insospechadas fuerzas. Lo puso delante de su cuerpo, justo cuando el estilete ya volaba hacia su corazón, en línea recta.

La hoja de acero se hundió en aquel cuerpo.

Patricia Seymour, la millonaria, fue también en eso más que las otras muchachas. Puede decirse que murió dos veces.

Lorena la había empleado como parapeto.

Fue providencial, ya que de otro modo no hubiese logrado esquivar el impacto.

Lanzando una maldición, el desconocido tiró del estilete y lo desclavó. Fue a acometer de nuevo.

Pero Lorena le arrojó encima el cadáver con más fuerza de la que ella misma esperaba, y le hizo vacilar. Inmediatamente, dio un

salto hacia atrás.

Vio que el asesino venía hacia ella.

Jadeante.

Con su cráneo de momia, más brillante que nunca…

Los dedos de Lorena Benson fueron desesperadamente hacia atrás, buscando la puerta. Sabía que ahora todo dependía de unas décimas de segundo, puesto que no tenía tiempo de saltar de nuevo. Las yemas de los dedos encontraron el pomo, lo hicieron girar y tiraron de él.

Al abrir, tuvo que hacer una finta. El asesino, que venía lanzado hacia ella, ya no tuvo tiempo de rectificar, y dejó resbalar la hoja sobre la puerta metálica. Se oyó un chirrido y una maldición.

Pero la muchacha ya estaba fuera.

Corrió alocadamente.

Sintiendo que tenía la muerte a su espalda. Sabiendo que tenía que salir de allí como fuera. Salir de allí… *Salir de allí*…

Quizá si llegaba al recodo, se pondría a salvo.

Saltó hacia él, como una loca. Giró. Ahogó un grito…

Pero ya era demasiado tarde. Los brazos de un hombre habían frenado el impulso de su cuerpo. Los brazos de un hombre la encerraban en una especie de cárcel mortal, impidiéndole la huida.

El grito de Lorena se negó a salir de la garganta.

Se convirtió en un estertor de muerte.

CAPÍTULO VIII

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó suavemente la voz—. ¿Por qué está tan asustada? ¿Es que acaso Mefistófeles le ha dicho que hoy iba a morir?

Lorena alzó sus ojos extraviados.

Su corazón latía tan angustiosamente como el de un pajarillo prisionero.

Pero en seguida le pareció volver a la vida, cuando reconoció a aquel hombre. Cuando notó que el periodista más tronado de Estados Unidos la encerraba en el círculo protector de sus brazos.

Era como volver a la vida…, si Tony Milian no estaba envuelto en todo aquello. Pero, por el momento, la muchacha era incapaz de pensar.

Necesitaba confiar en alguien.

Aunque ese alguien fuera a matarla…

—Tony… —susurró—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

—¿Cómo sabías que… que…?

—¿Que estabas tú aquí? Pues muy sencillo. Me lo ha dicho Mefistófeles.

—No es posible que… lo haya adivinado.

—Verás… Te diré… Mefistófeles adivina muchas cosas, tantas que yo mismo estoy asombrado. Pero esta vez la ha ayudado una concienzuda revisión de los billetes despachados en las agencias de viajes. Así hemos descubierto que habías venido a Kansas City, y una vez en Kansas City, es natural que te presentaras en el edificio construido por tu padre.

Lorena Benson empezaba a recuperar la respiración poco a poco, pero aún estaba trastornada. Le costó mucho trabajo decir una cosa tan sencilla como:

—Tony… Es horrible…

—¿Horrible qué…?

—Han tratado de matarme…

—¿Quién?

—Tony, no podemos perder tiempo.

—Confía en mí, muchacha. He venido a buscarte, por si necesitabas mi ayuda. Por lo tanto, dime lo que hay que hacer. Dime a quién hay que cargarse.

—Vas a encontrarte con algo siniestro, Tony.

—Lo que sea lo afrontaré. Vamos.

Ella señaló el camino.

Doblaron el recodo.

Por un momento, tuvo la sensación de que era inevitable encontrarse allí con el asesino que acechaba, pero en seguida se dio cuenta de que el pasillo estaba vacío. Todo volvía a tener un aspecto normal. La puerta metálica tras la cual yacía Estephanie estaba perfectamente cerrada.

Tony Milian susurró:

—Pues no veo que te persiga nadie…

—Tiene que estar tras aquella puerta.

—Entonces, vamos. ¿A qué esperar…?

—Es peligroso, Tony. Vamos a avisar a alguien. Vamos a dar la señal de alarma. Por fuerza tiene que haberla.

—No quiero que te metas en un lío, hermana. Deja que, antes, vea lo que sucede.

—¿Piensas que he sufrido una pesadilla?

—No digo nada, excepto que quiero estar seguro. Deja que pase delante. Ya supongo qué es lo que te ha asustado, pero quizá no haya para tanto.

—¿Dices que supones que…?

—Ya te explicaré.

Y el joven avanzó hacia la puerta. Sin demasiadas vacilaciones, la abrió. Se detuvo en el umbral, mientras la muchacha miraba por encima de su hombro.

No pudo reprimir un gemido de asombro.

Patricia ya no estaba allí. La butaca en que la encontró, se hallaba libre.

Y el cadáver tampoco estaba en el suelo. Ni en ninguna parte.

Ni siquiera había manchas de sangre en la alfombra, quizá

porque la alfombra era distinta. Había sido cambiada, con una sorprendente rapidez.

En cambio, vieron el cuerpo de Estephanie, pero aquel cadáver tenía el aspecto normal —si es que podía llamarse así— de los anteriores momentos.

Lorena Benson susurró:

—No lo entiendo… Te juro que aquí había… había…

—¿Un hombre?

—Sí. Ha tratado de matarme.

—¿Por qué razón?

—Porque antes había matado a Patricia Seymour.

Las facciones de Tony Milian se ensombrecieron.

Quizá aquello le parecía ya demasiado. Fue hacia el centro de la habitación, y pareció husmearlo todo. La muchacha notó que sus poderosos puños estaban apretados.

Sus ojos se clavaron en las dos puertas.

Lorena susurró:

—Cuidado…

Él no hizo ningún caso. Abrió la primera, sin tomar precauciones. Pudo haber sido fatal, pero detrás de la hoja de madera no había nadie.

Lo único que existía allí, según pudieron ver, era una pequeña instalación privada, con un tablero de mandos para regular el frío. La temperatura de la sala podía así mantenerse de una forma casi ideal para la conservación del cadáver.

O de los cadáveres…

Porque la verdad era que Lorena ya volvía a ver alucinaciones, y ya no sabía qué pensar.

Tony Milian cerró aquella puerta y abrió la otra.

El segundo cuarto era algo mayor, pero tampoco había nadie en él. Estaba casi ocupado por un par de butacas y un par de alfombras de repuesto, a fin de evitar que la sala tuviera un aspecto ajado. También había una estantería con gran cantidad de cosméticos y productos de maquillaje, los cuales debían ser utilizados para *repasar* a los muertos de vez en cuando, y mantenerlos con buen aspecto.

Igualmente había productos desodorantes de todas clases. Lo que pudiera hacer falta en un ambiente como aquél, estaba al alcance

de la mano.

Lorena tragó saliva.

Con gusto se hubiera derrumbado en alguna de aquellas butacas, porque le fallaban las fuerzas. Pero en aquellas butacas no se dejaba caer ella, ni muerta.

El periodista más tronado de Estados Unidos musitó:

—Pues no hay nadie…

—Ha tenido tiempo de huir. Ha tenido tiempo de llevarse el cadáver envuelto en la alfombra vieja. Ahora lo comprendo todo.

—¿Cómo era ese tipo?

—Más bien alto, bastante grueso, calvo como una momia…

—Me ha parecido ver, antes, un tipo así —dijo él.

—¿Sabes dónde está?

—Es posible que pueda encontrarlo. Vamos.

Y se dirigió a la puerta.

Pero Lorena le detuvo con un gesto espasmódico en el último segundo. Envuelta en aquel clima de horror, bisbiseó:

—Tony, no me dejes sola.

—Claro que no voy a dejarte sola. He dicho *vamos*. Tú vienes conmigo.

—¿Adónde?

—Al sitio en que me ha parecido ver a ese tipo, aunque no estoy seguro. Pero si hay alguna oportunidad de cazarle, tiene que ser ahora.

La empujó con suavidad, y salieron, dirigiéndose hacia la puerta del ascensor que estaba a poca distancia.

Y otra vez Lorena volvió a tener sensación asombrosa. La sensación de una absoluta normalidad. De que allí no pasaba nada. De que estaba en un rascacielos como tantos y tantos otros hay en Estados Unidos.

El ascensor bajaba desde la azotea. Un par de personas despeinadas viajaban en él, lo cual indicaba que habían estado al aire libre, y que hacía viento. Pero su aspecto era tan natural y tan mustio como el que puedan tener los clientes de una oficina de seguros de Manhattan.

—A la planta cinco —dijo Tony Milian.

Se apearon allí. En la planta cinco había bastante gente. Y lo más curioso… Era gente que estaba animada. Algunas personas

hasta reían. Los ojos extraviados de Lorena dieron una vuelta por todo aquello, creyendo encontrarse en otro mundo.

Vio la entrada hacia la cual se dirigían.

Era elegante.

En ella se leía: «Hotel Newport».

La muchacha recordó que había visto el rótulo, desde fuera. De modo que estaban en el hotel… Y toda aquella gente tan animada, ¿qué significaba?

—Son huéspedes —indicó el periodista.

—¿Huéspedes de dónde?

—Pues del hotel… ¿De dónde van a ser?

—¿Tú has estado antes aquí?

—Claro. Tengo una habitación en el Newport.

La muchacha crispó los dedos angustiosamente.

—Dios mío… —balbució—. A veces, tengo la sensación de que sueño…

—¿Por qué? Yo creí que conocías todo esto.

—¿Conocer…?

Tony Milian la contempló con cierta sorpresa. No le cabía la menor duda de que la muchacha era sincera. Tanto, que ahora parecía desconcertado él.

—Bueno —dijo—, pero ¿este rascacielos no lo construyó tu padre?

—Sí, claro que lo construyó él.

—¿Y no habías estado nunca aquí?

—Jamás.

—¿No te explicó en qué consistía su trabajo?

—Sólo me dijo, cierta vez, que estaba realizando el edificio para despachos mejor acondicionado de Estados Unidos. Se sentía orgulloso de él. Era su obra magna. Estaba tan contento con este trabajo, que hasta su carácter pesimista había cambiado, y otra vez se sentía satisfecho de vivir. Pero, sin embargo, fue al volver de Kansas City cuando dijo que…, que se iba a quitar la vida.

—¿Y se la quitó realmente?

Ella no supo qué contestar. Otra vez aquella sensación helada estaba en su espalda. Otra vez sus pensamientos y sus dudas la aterrorizaban.

Y no eran sólo sus pensamientos.

También la aterrorizaba lo que estaba viendo.
El hombre gordo, el de la calva de momia, el asesino, estaba allí.
Mirándolos…

CAPÍTULO IX

La muchacha sintió otra vez la lengua pegada al paladar, mientras bisbiseaba:

—Tony…

Él se había puesto tranquilamente un cigarrillo entre los labios. Lo acababa de sacar de un paquete tan tronado como él, un paquete que le venía durando al menos una semana.

—¿Qué pasa, Lorena?

—Es… es aquél…

—¿El que ha tratado de matarte?

—Sí. Seguro que… que es él.

A Lorena la dominaba otra vez aquella horrible sensación de estar pasando por un sueño macabro. No era posible que el asesino estuviera allí, mirándolos, como si tal cosa. No era posible que se acercara a ellos. Y que encima sonriese…

—¿Quiere la llave de su habitación, señor Milian? —preguntó.

Al periodista más tronado de los Estados Unidos, aquello no pareció sorprenderle en absoluto. Exhaló una bocanada de humo, con la mayor tranquilidad.

—No —dijo—. Muchas gracias. Todavía no subo a mi habitación.

—Me permito recordarle, como hago con todos los 64 clientes que… ¡ejem!… Bueno, que no podrá recibir en su cuarto a la señorita.

—No trataba de hacerlo —dijo Tony, con indiferencia—. De momento, vamos al bar.

Se llevó a la muchacha por un brazo. En realidad, tuvo que sostenerla porque ella estuvo a punto de caerse. El aspecto de Lorena, enfrentada a aquella pesadilla, donde todo era real e irreal a la vez, resultaba verdaderamente patético.

En el bar había bastante gente que charlaba animadamente.

Pero, eso sí, muchas de aquellas personas vestían de luto. La sensación de que todo era un sueño, y al mismo tiempo todo era realidad, se hacía angustiosa, casi insoportable. La muchacha se derrumbó en la silla, y él tuvo que sujetarle las manos, intentando darle ánimos.

Pidió algo fuerte.

Ginebra pura.

Y la bebió con avidez, con angustia, antes de poder preguntar:

—Pero ¿es que ese asesino trabaja en el hotel?

—No.

—¿Pues qué hace aquí? ¿Por qué te ha hablado de tu llave?

—Para demostrarme que sabe quién soy, y que conoce también el número de mi habitación. Es una advertencia para que me aleje y te deje sola. Piensa matarte esta misma noche.

Lorena Benson volvió a beber un largo trago de ginebra, hasta que sintió que se le abrasaban las entrañas.

No podía más. Y no entendía tampoco la naturalidad con que hablaba Tony Milian.

—¿Y lo dices como… como si tal cosa?

—Es que no pienso irme. No pienso dejarte sola.

—¿Quién es, realmente, ese tipo?

—Un asesino profesional. Le conocí a raíz de un sucio asunto en Los Ángeles, cuando salió absuelto por falta de pruebas. Se alquila para matar a precios muy altos, aunque a veces incluso da facilidades de pago. Ha trabajado para la Mafia y para el Sindicato del Crimen. Sin duda, alguien le ha pagado muy bien para que liquidase a Patricia Seymour, pero tiene que redondear su trabajo liquidándote a ti, aunque para eso no cobre. Eres un testigo, al que no puede dejar con vida.

Él también bebió un sorbo de la ginebra que había pedido. No parecía impresionado en absoluto, pese a saber que él corría más peligro aún que Lorena Benson. Puso los restos de su cigarrillo en el cenicero y bisbiseó:

—Pero ¿de veras no sabes dónde estás? Creí que tu padre te había hablado de esto.

—No. No lo sé. Externamente, el edificio es un rascacielos como los otros, pero…

* * *

He dicho antes que este relato estaba basado en datos reales. Sin duda, ha llegado el momento de explicar por qué.

Todos los periódicos más importantes del mundo publicaron, hace poco, una noticia que en líneas esenciales decía:

«En Tennessee está siendo edificado el primer rascacielos exclusivamente para muertos. Constará de todos los servicios, tendrá peluquerías, floristería, agencias de seguros, salones de belleza y restaurante».

* * *

Tony Milian bebió de nuevo.

Sus ojos estaban entrecerrados.

Con voz velada, dijo:

—Lorena, esto es un cementerio.

—¿Qué tratas de… insinuar?

—No insinúo nada, sino que te explico claramente en qué clase de sitio estamos metidos los dos. Creí que lo sabías, pero me doy cuenta de que tu padre no te explicó nada, por razones que ahora comprendo bastante bien. Tú debes saber ya, Lorena, que una de las industrias más florecientes de los Estados Unidos es la industria de los muertos.

Ella sentía otra vez la lengua pegada al paladar. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, mientras decía:

—Sigue…

—Te explicaré la situación, con la máxima claridad posible. Alguien pensó lo siguiente: si los vivos tienen rascacielos, ¿por qué no pueden tenerlo los muertos? ¿Qué razón hay para hacerlos desaparecer y convertirlos en fantasmas que nadie más ve nunca? Y así surgió la idea de que los cadáveres de familias muy ricas pudieran tener su *apartamento*, donde incluso se les pudiera visitar. En fin, como si aún vivieran… Tú sabes que los embalsamadores de este país han llegado a extremos de perfección que no soñaron ni

los antiguos egipcios. No sé si habrás visto cadáveres perfectamente maquillados y vestidos, sentados en la forma más natural, como si aún estuviesen vivos. Pero te aseguro que esos cadáveres existen.

—Claro que existen. He visto el de… el de Estephanie Seymour.

—Los Seymour son lo bastante ricos para comprar uno de esos apartamentos y mantenerlos. No sabes tú lo que cuestan. El permiso sanitario no es fácil de conseguir. El embalsamamiento he de ser perfecto. La temperatura tiene que oscilar entre unos grados muy fijos. Sólo los millonarios pueden mantener en sus muertos una ilusión de vida. Para los demás, eso es imposible.

—Pero ¿qué pretenden?

—Sencillamente eso: la ilusión de vida. ¿Te parece poco? Hay algunos muertos a los que la familia ve desaparecer con un sentimiento de alivio, pero la mayoría de las veces no ocurre eso. Y si uno puede pagar el lujo de mantener una ilusión imposible, ¿por qué no hacerlo?

—Pero nadie dijo que a Estephanie fueran a enterrarla… digo, a *instalarla* aquí…

—Naturalmente de esto no se hace publicidad: Es una cuestión privada. Sólo los familiares más íntimos tienen la llave de la cerradura de seguridad, y pueden entrar. Tú has podido penetrar en uno de los apartamentos, el de Estephanie, porque ese asesino había forzado la puerta, y estaba allí. De otro modo, te hubiera sido imposible.

La muchacha paseó en torno suyo una mirada atónita.

—Pero… ¿y todo esto? —balbució—. ¿Y este hotel?…

—Muchos de los parientes que vienen a instalar a sus difuntos necesitan hacer noche en la ciudad. ¿Qué mejor que un hotel confortable en el mismo rascacielos? Aquí todo está industrializado, muchacha. Se saca dinero de todas partes.

—¿Y la floristería?

—Siempre ha habido floristerías en los cementerios, Lorena.

—Pero… ¿y los abogados? ¿Y los gestores administrativos? ¿Y…?

Tony Milian le envió, desde el otro lado de la mesa, una sonrisa apagada, una sonrisa triste.

—Hace falta resolver muchos trámites legales, muchacha. En este mundo, ni siquiera la muerte es sencilla. Los gestores

administrativos tramitan ante las autoridades los permisos de embalsamamiento, de instalación, etcétera… Los abogados resuelven últimas voluntades, permisos de residencia y todo eso. También hacen falta.

La muchacha estaba anonadada.

Pero ahora empezaba a comprender en qué clase de mundo se había metido.

Por fin, después de todo, veía una lucecita en el fondo del túnel.

—¿Y mi padre? —balbució—. ¿Mi padre sabía qué hacía esto?

—Creo que no.

—¿Por qué lo crees?

—Por los síntomas. Por lo que sé del arquitecto Benson y lo que tú me has contado. Él creía estar haciendo, después de muchos años de fracasos, la obra de su vida. Él creía estar realizando el mejor rascacielos comercial de los Estados Unidos. Por eso, cuando volvió al cabo de un tiempo para visitarlo, el mundo se hundió para él.

—¿Qué tratas de decir?…

—Muy sencillo. Los que le pagaron para construirlo, habían cambiado de idea. Ya no querían despachos allí. El edificio les había parecido lo bastante solemne, lo bastante frío e inhóspito para albergar muertos en lugar de vivos. Se habían puesto de acuerdo con la sociedad que pensaba explotar estas instalaciones último modelo. Supongo que se lo comunicaron a tu padre, con la frialdad con que se tratan las cuestiones de negocios en este país. Le dijeron que su rascacielos, el orgullo de su vida, no servía para albergar personas. Que habían decidido explotarlo como cementerio. Supongo que las frases fueron despiadadas, o al menos tu padre las interpretó de ese modo. Para él la obra de su vida carecía de sentido. Era su último fracaso, su fracaso definitivo y total. Sintió lo que debe sentir un músico que consagra sus mejores años y sus mejores esfuerzos a la creación de una gran sinfonía que ha de ser su obra suprema. La entrega a la orquesta que ha de estrenarla, y un día se da cuenta de que la han transformado en un *rock* para que lo bailen los camioneros de Brooklyn. Si encima le dicen que su obra no servía para otra cosa, ¿qué ha de pensar ese músico?

Ella había cerrado los ojos de nuevo.

Parecía revivir la angustia de su padre, su silenciosa desesperación.

Ahora comprendía por qué volvió tan trastornado de Kansas City. Y por qué dijo que ya no podía resistir más.

Bisbiseó:

—¿Entonces ésa fue la razón de que… de que se quitara la vida?

—En efecto —dijo Tony Milian en voz baja—. Y por eso yo creo, como crees tú también, que el arquitecto Benson está muerto. No te engañó al dejarte aquella trágica carta de despedida. Y sin embargo…

—¿Sin embargo qué?…

—Es curioso lo que ocurre con Mefistófeles. Es extraño lo que me dijo.

—¿Qué te dijo?

—Que tu padre, incluso después de muerto, te ayudaría. Que te salvaría en el momento más desesperado de tu existencia.

Los dedos de la muchacha volvieron a temblar espasmódicamente sobre la mesa.

—Resulta increíble —musitó—, pero fue lo mismo que mi padre me dijo a mí.

—Mefistófeles adivina muchas cosas. Me he dado cuenta de que no es broma lo que dice; tanto, que un reportaje que iba a escribir a la ligera me inspira ahora incluso un sentimiento de miedo. Pero eso significa que el cadáver de tu padre no puede estar lejos, Lorena. No, no puede estarlo…

Otra vez ella sintió aquella muda sensación de horror.

Otra vez le pareció que todo daba vueltas en tomo suyo.

—Tony —bisbiseó—, necesito huir de aquí. Necesito escapar.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué no?

—Ese asesino con cabeza de momia te seguirá a todas partes. Al menos, aquí estamos en un terreno conocido, mientras no nos movamos del hotel. Nada de subir a los pisos superiores, donde están los muertos. Permaneciendo aquí, poca cosa podrá hacernos ese monstruo. Además, yo no te dejaré hasta que esté convencido de que no puede atacarte.

—¿Y por qué no avisar a la policía?

—No tenemos pruebas de que exista el cadáver de Patricia, por lo cual es dudoso que nos hicieran caso. Y voy a decirte algo más: no me fío de los polizontes. Si ese tipo, que ha trabajado para la

Mafia, tiene comprado a algún jefecillo de aquí, estamos listos. Serán los mismos policías quienes nos maten.

Los labios de Lorena se curvaron angustiosamente, al preguntar:

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Creo que lo más prudente es que pases la noche en el hotel. Yo velaré por ti. Mañana por la mañana, todo esto cambiará, y podrás salir con más facilidad. Ahora no pasarías desapercibida de ninguna manera.

—Tony, júrame una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿No estarás buscando un reportaje con todo esto? ¿No me estarás utilizando como conejillo de indias?

—Te juro que no. No sería capaz de eso. Si salgo vivo de esta situación, puede que escriba algo, pero primero necesito resolver el problema de nuestra salvación. Es lo único que me interesa ahora.

Dejó sobre la mesa el importe de lo que habían consumido, y preguntó:

—¿Quieres comer algo en el restaurante?

—Sabiendo lo que es este edificio, no sería capaz de… de comer nada.

—Sin embargo, no puedes morirte de debilidad, Lorena. Pero, en fin, ya desayunarás algo mañana. Vamos a mi habitación.

Ella se dejó conducir, sin protestar.

No sabía lo que pensaba hacer él.

No sabía si era un cínico.

Pero tampoco tenía fuerzas para oponerse. No tenía fuerzas para nada, ni para pensar. Fueron hacia el ascensor, mientras la gente se movía a su lado, mientras se le hacía imposible admitir que estuvieran en un cementerio.

En el ascensor coincidieron con dos individuos algo gordos y con aspecto de *gourmets*. Eran de esa clase de tipos que no pierden el buen apetito ni en un funeral. Se estaban quejando de que no habían encontrado su plato preferido en el restaurante.

—… Y cuando he ido —decía uno de ellos—, ya se habían acabado los riñones *Latour*.

—Es que no los tienen todos los días.

—Sí, ya sé que es un plato raro… Pero podrían reservarlos para los clientes. Nadie hace los riñones de ese modo. La cocina resulta

insuperable. Y los *Latour* son unos bueyes fuera de serie.

—Al que también le gustaban mucho era a James, ¿recuerdas?

—Hum… Claro que lo recuerdo. Los encargaba con una semana de antelación. Pero no hay *Latour* todos los días. El *maître* estaba cansado de decírselo.

—¿Y qué ha sido de James? ¿Lo has visto últimamente?

—No… ¡Qué va! Ni por el club ni por ningún otro sitio. Ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Pero, para mí, se ha largado con alguna secretaría.

—Oye… ¿no estará fiambre por ahí arriba, eh?

Los dos gordos rieron.

Sus carcajadas le parecieron a Lorena no sólo de pésimo gusto, sino además espantosamente siniestras. Todo cambiaba de sentido, en aquel ambiente. Todo tomaba los relieves de una pesadilla.

El hotel ocupaba varios pisos, de modo que se detuvieron en el correspondiente a la habitación de Tony Milian. Él hizo girar el llavín en la cerradura, mientras musitaba:

—Puedes estar tranquila. No pienso ni siquiera mirarte las piernas en toda la noche.

Y entró.

Pero entonces todo cambió, de repente.

Entonces aquellas dos sombras saltaron sobre él.

Se oyó el golpe seco de los culatazos.

Y los ojos de Lorena se llenaron de aquella visión roja, espectral, de aquella visión de muerte…

CAPÍTULO X

Los dos tipos que acababan de saltar sobre Tony Milian le estaban esperando, pero ninguno de ellos era el cabeza de momia. Iban vestidos como empleados del hotel, aunque eso debía ser un disfraz. Emplearon sus culatas como auténticos maestros, y le abatieron antes de que se diera cuenta. Luego giraron hacia la muchacha.

Todo acababa de suceder con una fantástica rapidez. Lorena no había tenido tiempo ni de chillar. Iba a hacerlo cuando una mano se aplastó contra su boca. Dos brazos inmovilizaron los suyos, obligándola a permanecer quieta.

Fue a defenderse de la única manera que podía hacerlo.

Fue a dar un puntapié al bajo vientre del enemigo que tenía más cerca.

Pero su falda era demasiado estrecha, y no pudo levantar la pierna a tiempo. Además, sus enemigos no estaban dispuestos a gastar florituras con ella. Le dieron dos puñetazos tan terribles en los senos, que la dejaron sin respiración.

Para una mujer, ésos son unos puntos muy sensibles.

La muchacha sintió una terrible contracción en el estómago. Se inclinó como si fuera a vomitar.

Uno de los dos desconocidos bisbiseó:

—Acaba con él.

Se refería a Tony Milian.

Y entonces comprendió Lorena Benson por qué no habían acabado directamente con él, disparándole al entrar. Al no estar prevenidos para aquel trabajo, no llevaban silenciadores en los cañones de sus armas. Por eso habían dejado al hombre sin conocimiento como primera providencia, antes de acabar con él.

Los ojos de Lorena se dilataron de horror.

Iban a dar a Tony Milian una muerte silenciosa y rápida.

Iban a degollarle con sus cuchillos.

Mientras uno la seguía sujetando para impedir que gritase, otro se acercó al caído. En su derecha brillaba una navaja de ancha hoja.

Se dispuso a trazar con ella el corte definitivo.

Lorena pensó que más tarde, harían con ella lo mismo.

No sólo el deseo de ayudar a Tony, sino la necesidad desesperada de salvar su propia vida, la obligaron a moverse de nuevo, a pesar del dolor que sentía. Disparó uno de sus tacones hacia atrás.

Lo hizo con toda la fuerza de su pierna derecha.

Con toda su rabia.

Aunque ahora ya no están de moda los tacones tan finos como antes, Lorena no los llevaba cuadrados del todo. Su punta era lo bastante aguda para destrozar el tobillo de un hombre. Lo clavó allí, mientras se escuchaba un gemido de dolor.

La sorpresa de su enemigo fue tan grande, que aflojó la presión de los dedos un momento. Lorena se volvió con la agilidad de una pantera y la rapidez de una serpiente.

Sus energías se habían centuplicado.

El de la navaja había detenido su mortífero movimiento.

Miraba con sorpresa a su compañero, que aún no había podido ni empezar a recuperarse, después del golpe de Lorena.

—Pero ¿qué te pasa?…

El otro no pudo contestar.

Lorena había demostrado que la desesperación multiplicaba sus fuerzas. Ahora sí que pudo clavar un terrible punterazo al bajo vientre de su enemigo.

Lo dejó bautizado.

Lo envió contra la pared, mientras el hombre se sujetaba la parte afectada con los dedos convertidos en garfios.

El otro barbotó:

—Imbécil…

Fue a acabar con la muchacha, despreocupándose de Tony Milian, que aún seguía exánime. Tendió la mano armada hacia ella.

Pero Lorena Benson no iba a estarse quieta, esperando que la abrieran en canal. El miedo seguía centuplicando su agilidad. Saltó hacia la puerta y la abrió con un solo y espasmódico gesto.

Un segundo después, estaba en el pasillo.

Los dos esbirros vinieron tras ella.

Por el momento, se habían olvidado de Tony Milian, o sea que Lorena acababa de salvarle la vida, pero bien al margen de su voluntad. La muchacha sólo había pensado en sí misma. Sólo tenía una idea en su cerebro: Huir… Huir… Huir…

Vio el largo pasillo.

Las sombras irreales.

La penumbra…

Los dos sicarios galoparon tras ella. Eran más rápidos, y podrían alcanzarla en seguida. Lorena se dio cuenta de que no tendrían inconveniente en degollarla en el mismo pasillo del hotel, antes de volver junto a su otra víctima.

Vio entonces algo que podría ayudarla. Era un carrito de los que se emplean para transportar las mudas de las camas. Lo volcó al pasar, haciendo que las piernas de los dos hombres tropezaran con él.

Los efectos fueron instantáneos. Los dos cayeron casi a la vez, mientras lanzaban una sarta de maldiciones.

Con eso, la muchacha había ganado unos segundos, que podían ser decisivos: esos segundos que separan la vida de la muerte. Estaba aproximándose a la puerta de los ascensores.

¡Y el ascensor llegaba!

¡Las puertas se abrían en ese momento!

Lorena Benson casi gritó de alegría.

¡Estaba salvada!

¡Por fin!

Casi cayó en brazos del hombre que estaba allí dentro.

—Oh… —gimió—. Gracias… Gracias…

—De nada, muñeca —dijo el hombre, mientras se pasaba la mano por la calva brillante como la de una momia.

CAPÍTULO XI

Lorena Benson se sintió arrinconada contra la pared metálica del ascensor. Vio, con ojos desencajados, quién era el tipo que la tenía acorralada.

Había caído en manos de… ¡del propio asesino!

¡Ella misma había ido a buscarlo!

Notó que la cabina descendía. El gordo no se había preocupado de esperar a sus cómplices, quizá porque le había parecido peligroso perder tiempo. Rió silenciosamente, mientras tapaba con ambas manos la boca de la muchacha.

—Esos idiotas no han podido contigo… —susurró—, pero yo lo conseguiré. Lo conseguiré, sin dejar rastro…

Lorena ya no tenía fuerzas para resistir.

El horror era más fuerte que ella. Estaba vencida. Supo que le esperaba la muerte, sin que ya nadie pudiera salvarla.

Pero ¿por qué entonces se acordó de su padre? ¿Por qué recordó lo que él había escrito? ¿Que incluso después de muerto la salvaría?…

De todos modos, no parecía que su padre pudiera hacer nada por ella. El asesino se movía con perfecta naturalidad, como si lo tuviera todo muy bien calculado. Debía saber que no encontraría a nadie en aquella zona, porque no tomó precauciones.

El ascensor se detuvo.

La empujó.

Tenía mucha fuerza y, por tanto, Lorena no podía resistirse. Con un brazo la empujaba, mientras con el otro le tapaba la boca y le echaba la cabeza hacia atrás, dando la sensación de que en cualquier momento podía romperle el cuello.

Recorrieron un breve pasillo.

Atravesaron una puerta oscilante.

Y entonces Lorena vio la flecha impresa en la pared, y la

inscripción que había junto a ella. Entonces sus ojos se desencajaron aún más de lo que ya lo estaban, mientras las piernas se negaban a sostenerla.

La inscripción decía:

HORNO CREMATORIO

¡Iban a convertirla en cenizas! ¡Iban a quemarla viva!

Entonces fue cuando las fuerzas la abandonaron del todo.

Entraron en una pieza pequeña, donde no había nadie. Las paredes eran muy brillantes. Parecían de porcelana. Pero una de ellas resultaba enteramente metálica, y en su centro se abría una puertecilla, por la que podía pasar un ataúd acostado.

El asesino balbució:

—Haré que desaparezcas… Haré que ni tus cenizas queden, cuando empiecen a buscarte mañana…

Y tiró brutalmente hacia atrás de la cabeza de Lorena.

Ésta se dio cuenta de que quería romperle el cuello. No iba a meterla viva en el horno, exponiéndose a que chillara. Iba a acabar con ella de un par de secos movimientos, desnucándola.

Las fuerzas de Lorena fallaban.

No podía más…

Pero era joven, y resistió más de lo que el asesino esperaba. Su cuello no acababa de ceder. Los dientes de los dos chirriaron, mientras Lorena tensaba todo el cuerpo, en un espasmo salvaje.

Se alzó entonces todo lo que pudo, igual que si tratara de dar en el aire una vuelta de campana invertida.

¡Y casi lo consiguió! Fue como el luchador que se deshace de una presa. El cuello resbaló entre los brazos de su enemigo, que estaba apretando en un sentido completamente opuesto.

La muchacha cayó al suelo, a los pies del asesino, librándose por unos instantes de aquella mortífera presa.

El cabeza-de-momia barbotó:

—Maldita…

De todos modos, aún seguía teniéndola casi a su merced, puesto que podía patearla. Fue a hacerlo, con un gesto de rabia.

Pero Lorena Benson era demasiado ágil para dejarse sorprender. Rodó sobre sí misma hasta la pared del horno crematorio. Los pies

de su enemigo golpearon el vacío, mientras ella trataba de izar el cuerpo.

Vio entonces que el asesino sacaba un revólver chato, un bulldog. No iba provisto de silenciador, pero tampoco debía importarle hacer ruido. En aquella zona de los sótanos, era muy difícil que alguien le oyese.

Lorena vio la muerte ante ella.

Le pareció distinguir su propia calavera, flotando en el aire.

Y, sabiendo que ya no le quedaban oportunidades, saltó locamente de costado, haciendo lo que su instinto le dijo. Fue un movimiento puramente maquinal, puesto que su cerebro no funcionaba. Pero consiguió desorientar a su enemigo, que empotró la bala en la puerta del horno crematorio.

Lanzó una salvaje imprecación.

En su larga carrera de crímenes nunca se había encontrado ante una muchacha tan escurridiza como aquélla.

Fue a disparar de nuevo, pero Lorena ya se había arrojado a sus pies. Fue otro movimiento loco, que sólo podía resultar bien, por lo inesperado y frenético. Pero sorprendió al gordo, que perdió el equilibrio mientras disparaba hacia adelante.

La segunda bala pasó por encima de la muchacha, rozándola, y se empotró en una de las junturas del horno crematorio.

El estruendo había sido enorme. Los dos disparos, multiplicados por el eco, parecían haber resonado en el edificio entero.

Quizá fue eso lo que detuvo al cabeza-de-momia durante unos segundos, que pudieron ser decisivos. Quizá pensó que se estaba entreteniendo demasiado, y que luego no tendría asegurada la huida.

Cuando se sobrepuso a su temor, y fue a disparar de nuevo, ya la muchacha había saltado hacia la puerta de batientes. La empujó y rodó por el pasillo.

Sus ojos estaban desencajados.

El pelo le caía sobre la cara, impidiéndole casi ver.

Pero estaba viva, y conservaba su agilidad. Corrió por el pasillo, buscando angustiosamente un recodo que la protegiera, mientras el asesino aparecía en los batientes y apuntaba de nuevo.

No tuvo tiempo de disparar.

La muchacha había doblado ya el recodo. Estaba, por unos

momentos, fuera del alcance del mortífero bulldog, pero aún no había salido de allí. Seguía metida en el laberinto de pasillos que no conocía. Seguía expuesta a ser alcanzada y…

Dobló otro recodo.

Giró en torno a él como una peonza, tan frenético era su impulso.

Y entonces los brazos del hombre la detuvieron.

La encerraron en ellos.

La muchacha se sintió otra vez inmovilizada, prisionera, en aquella especie de círculo.

No pudo ni exhalar un gemido de miedo. Estaba completamente destrozada. Sólo le quedaban fuerzas para alzar la cabeza.

No le cabía duda de que acababa de caer en otra trampa.

De que el que la tenía entre sus brazos iba también a matarla.

Clavó sus ojos espantados en los ojos fríos de aquel hombre.

Y entonces se dio cuenta de quién era. Entonces musitó, con una mueca de asombro:

—Pat…

CAPÍTULO XII

En efecto, era Pat Seymour el que estaba allí. Pat, el hermano de las dos muchachas muertas. El que estuvo prometido a Lorena Benson. El que no se atrevió a discutir las órdenes de su madre, la noche en que apareció colgada Estephanie.

También Pat la miraba con un cierto asombro. Parecía desconcertado al encontrarla allí. La apartó un poco como para mirarla mejor, y bisbiseó:

—Pero, Lorena… ¿qué ocurre?

—¡Por Dios, Pat! ¡Vámonos de aquí! ¡Van a matarte a ti también! ¡Van a matarte!…

Él parecía no entenderla. Sin moverse del sitio donde estaba, y todavía sosteniéndola en sus brazos, musitó:

—¿Matarme? ¿Quién? Pero ¿qué tienen contra mí? ¿Y contra ti, Lorena? ¿Qué pasa?

Eran demasiadas preguntas para contestarlas ahora, aunque todas resultasen lógicas. Lorena intentó desasirse angustiosamente. Necesitaban salir de allí, antes de que cabeza-de-momia llegara con su revólver.

Pero ni ella ni Pat tuvieron tiempo de nada. Se oyó entonces el chasquido de una puerta. Un hombre uniformado de gris, que parecía un guardián del edificio, apareció en el umbral. Llevaba una lámpara colgada del cuello, para casos de emergencia, y un revólver al cinto. Debía estar alarmado, porque había puesto ya la derecha sobre la culata.

Avanzó hacia ellos.

—Acabo de oír unos disparos —preguntó—. ¿Qué ocurre?

—Lo que ocurre es que han tratado de matarme en el horno crematorio. Vaya hacia allí. Pero tenga cuidado, por Dios. Tenga cuidado…

El guardián debía ser un buen cumplidor de su deber, porque

fue hacia el sitio indicado, sin una vacilación. Tampoco Pat vaciló. Precediendo a la temblorosa muchacha, se dirigió hacia el pasillo por el que ella había venido.

Pero ya no distinguieron a nadie.

El asesino del bulldog parecía haberse evaporado en el aire. A Lorena Benson le pareció absurdo, pero lo cierto fue que llegaron hasta el homo crematorio, sin haberse tropezado con él.

También el guardián estaba sorprendido. De no haber oído los disparos, tal vez hubiera pensado que todo aquello había sido un sueño o una invencible confusión.

Los impactos de las balas acabaron de convencerle de que Lorena había dicho la verdad. Con voz alterada, preguntó:

—¿Conoce al hombre que ha querido matarla?

—No. Sólo sé que es un asesino profesional.

—¿Por qué quiere acabar con usted?

—No lo sé… Esto no tiene sentido.

—¿Cómo es ese hombre?

—Bastante grueso, alto, calvo como una bola de billar…

—Hum… Creo recordarlo. Lo he visto en el hotel, cuando yo iba a empezar mi turno. Avisaré a la policía.

—Pero no mareen a la señorita con declaraciones —exigió Pat—. Busquen a ese hombre, y no la atormenten a ella.

—Eso depende de la policía. Pero perdone… ¿Quién es usted?

—Me llamo Pat Seymour.

—Ya recuerdo —dijo el guardián, con un gesto de respeto—. Es propietario de uno de los apartamentos…

Oír llamar *apartamento* a uno de aquellos panteones, hizo estremecer a Lorena que, sin embargo, disimuló lo mejor que pudo.

—Usted tiene allí depositada a Estephanie Seymour —continuó el guardián—. Perdone que le haya hecho estas preguntas, pero es que necesitamos saber quién entra aquí. Y la señorita, ¿quién es?

—Se llama Lorena Benson.

—Mi… mi padre construyó este edificio —murmuró ella, pensando que eso era una garantía.

—Ah, sí, el señor Benson… Me pareció verlo hace un tiempo, en el último piso. No sale nunca.

Aquellas palabras fueron dichas en un tono insustancial, casi ligero, pero produjeron un estremecimiento brutal en todo el cuerpo

de Lorena.

La muchacha sintió que iba a caerse. Sus rodillas vacilaron. Y es posible que hubiese rodado por el suelo, de no estar allí Pat para sostenerla.

El guardián musitó:

—¿Qué le pasa, señorita? ¿He dicho algo que no debí decir, acerca de su padre?

—No, no ha dicho nada inconveniente… Sólo que me sorprende que le viera hace poco en este edificio. ¿Cuándo le vio?

—¿Qué puedo decirle? Uno no presta atención a esas cosas. Pongamos que le vi hace siete días u ocho.

—¿Está seguro?

—Completamente. Fue en el apartamento de la señora Crogan y él estaba bebiendo una taza de té. Yo fui a entregar un paquete, y le vi a través de la puerta. Pero ¿por qué me mira así? No, no puedo confundirme. Conozco bien al señor Benson porque yo fui uno de los que trabajaron en el rascacielos cuando se estaba construyendo, aunque entonces todo el mundo pensaba que esto iba a ser un edificio para despachos. El señor Benson habló bastantes veces conmigo, de modo que le reconocería desde un tren en marcha. Como le digo… ejem… Estaba en casa de la señora Crogan, pero eso no significa nada malo. La señora Crogan es lo bastante vieja para que ningún hombre se fije en ella. Sentiría que usted hubiera interpretado mal mis palabras, señorita. Ya sé que el señor Benson es un hombre casado.

La muchacha seguía apoyada en Pat. La mano férrea del hombre la sostenía, pues, de lo contrario, hubiese rodado sobre las frías baldosas de mármol.

Sus ojos alucinados no veían nada.

Sus propios pensamientos la hipnotizaban de tal modo, que estaba como sumida en un éxtasis, donde la alegría se mezclaba al horror.

Su padre… ¡no se había suicidado realmente!

¡Vivía!

¡Y estaba allí, en el propio edificio! ¡Podía hablar con él! ¡Podía pedirle ayuda, en aquel angustioso trance!…

Porque ella se fiaba de Pat y se fiaba también de Tony Milian, pero ¿en quién podía confiar mejor que en su propio padre?

—¿Dónde está… el apartamento de la señora Crogan? —preguntó con una voz que no entendió ni ella misma.

—En el último piso, debajo de la torre que remata el edificio.

—Gra… gracias.

—Oiga… No se vaya aún —musitó el guardián—. ¿Quiere presentar alguna denuncia? Es evidente que alguien ha disparado contra usted. ¿No avisamos a la policía?

Pat se volvió, con expresión cansada. Se notaba que todo aquel asunto estaba acabando también con sus nervios.

—Verá… —dijo con voz que quería ser tranquila—, no sé hasta qué punto a la señorita le conviene ser sometida a un interrogatorio. Deje que antes hable con su padre. Al fin y al cabo, no ha habido ninguna víctima, y no es imprescindible que la policía venga.

El guardián asintió con un gesto dubitativo.

—No, no es imprescindible, pero…

—Envíe un parte a sus superiores, y que ellos decidan, pero, mientras tanto, será mejor que nadie moleste a la señorita.

—Cierto —dijo el guardián—. Es una buena idea… Haré eso.

Mientras tanto, Pat y Lorena se alejaron.

La muchacha seguía temblando.

Estaban los dos en el ascensor, cuando Lorena se atrevió a bisbisear:

—¿Tú has venido aquí a cuidar de los detalles del sepelio de Estephanie?

—Pues… pues claro…

—¿Has venido solo?

—No. Me ha acompañado una de mis hermanas.

—¿La has visto hace poco?

—No. ¿Por qué?

Lorena no podía más. Entrelazó los dedos con terrible angustia, antes de susurrar:

—No hemos tenido tiempo de hablar de eso hasta ahora, Pat, pero es mejor que te lo diga. Has impedido que llamaran a la policía, diciendo que no había ninguna víctima. Pero te equivocas… No sólo han tratado de matarme a mí, sino que han acabado con tu hermana. Ella también ha muerto…

Una brusca contracción sacudió los poderosos hombros de Pat.

Sus ojos se desencajaron mientras miraba incrédulo, a Lorena. Ninguno de los dos pareció darse cuenta de que el ascensor se había detenido en lo alto del edificio, y de que las puertas se abrían automáticamente.

Pat balbució:

—No puede ser…

—Siento no poder demostrártelo, Pat, porque su cadáver ha desaparecido, pero te juro que es cierto.

—Pero…, pero no había razón para que la matasen… ¡era casi una niña!

—Tampoco había razón para que se suicidara Estephanie.

Pat se llevó las manos a los ojos.

Parecía aterrado.

—Lorena… —dijo con voz que era apenas un soplo—. ¿No me mientes?

La muchacha sintió una súbita, una inmensa lástima de él. Pat era un hombre débil. Pat Seymour no se había atrevido a enfrentarse a su madre y al orgullo de su familia para salvar el cariño que les unió un día. Pero precisamente por eso, porque era un hombre débil, excitaba la compasión de Lorena Benson. Ella acarició suavemente los dedos con que el hombre se tapaba la cara, mientras susurraba:

—Te lo juro, Pat. Tu hermana Patricia ha muerto.

—¿Quién dices que se llevó el cadáver?…

—El mismo hombre que ha tratado de matarme a mí. El hombre gordo con la cabeza pelada como la de una momia.

Él pareció rehacerse un poco, aunque seguía mirando en torno suyo con expresión de total desconcierto. Al cabo de unos instantes, que se hicieron interminables, susurró:

—Ahora sí que creo que hay que avisar a la policía. Es indispensable que lo haga.

—No te quito la razón, Pat, pero me temo que no sirva de gran cosa.

—¿Por qué?

—Porque no estamos en un sitio normal. Porque esto es un cementerio. Aquí los muertos flotan junto a las nubes, pero no deja de ser eso: un cementerio. Muchos de los que llaman *apartamentos*, y que son en realidad panteones familiares, no pueden ser abiertos

porque se trata de propiedades privadas. Un asesino hábil puede ocultarse en cualquiera de ellos, y escapar a la acción de la policía. Además, tardarían semanas en registrar esto palmo a palmo. Es inmenso… No me niego a que avises a la policía, pero insisto en que eso no servirá de nada.

—Entonces, ¿qué crees que debemos hacer?

—Huir —dijo la muchacha como una obsesión—. Huir…

—En ese caso, vámonos. No es una mala idea.

Evidentemente, Pat era un hombre débil de carácter. Ya no se preocupaba ni de vengar a su hermana. Por eso Lorena Benson le miró con cierta pena, mientras susurraba:

—Lo malo es que no podemos hacerlo, en este momento exacto. Al menos, no puedo hacerlo yo. Necesito, antes, ver a mi padre.

Hizo un gesto, donde la amargura se mezclaba a la esperanza, mientras susurraba:

—Tú sabes muy bien lo que he sufrido por eso. Tú sabes que la noticia de su muerte y la desaparición de su cadáver han sido para mí, durante años, como una obsesión. Ahora sé que está vivo, y que se encuentra a poca distancia de mí. ¿Crees que voy a ser capaz de escapar, sin verlo?

Él negó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo tampoco lo haría.

—Deja, pues, que hable con él. Y tú ven a buscarme con la policía, Pat, si es que definitivamente vas a llamarla. Se me ocurre ahora que quizá no sea mala idea, después de todo. Contando con la ayuda de mi padre, será más fácil encontrar a ese asesino. Él conoce el edificio palmo a palmo.

—No habíamos pensado en eso —dijo Pat, mientras una súbita esperanza brillaba en sus ojos—. Tienes razón.

Y desapareció en el ascensor que aún no había hecho retomar a la planta baja. Por fin parecía animado por una decisión, como si hubiera dejado atrás la debilidad de su carácter. Pero eso hizo que Lorena Benson quedara sola, espantosamente sola, mirando la puerta hostil que tenía delante de los ojos, y sintiendo en el aire el soplo de la muerte.

Todo el edificio parecía, más que nunca, lo que realmente era: un cementerio.

No se escuchaba ni un sonido en él.

Una atmósfera del Más Allá, una atmósfera que no era humana, lo iba envolviendo todo, poco a poco.

El paso de cada minuto era como un pinchazo en su cráneo.

Por fin, la muchacha oprimió el timbre de aquella puerta.

Tenía que decidirse. No podía estar allí toda la noche. Además, su padre era la única persona en este mundo que podía ayudarla. Ni el mismo Tony Milian podía hacerlo, ya que no sabía dónde estaba ahora.

La muchacha sentía unas súbitas punzadas en el corazón. Al pensar que iba a ver de nuevo a su padre, se sentía sobrecogida. Un misterio que la había atormentado hasta entonces, un misterio que nunca comprendió, iba a desvelarse ante sus ojos.

La puerta se abrió.

Una mujer de unos sesenta años, de facciones duras y ojos brillantes, apareció en el umbral. Vestía de negro, y la falda le llegaba casi hasta los pies. Unas gafas de montura de acero rodeaban sus ojos. Sus cabellos eran grises, y los llevaba sujetos en un moño. Todo en ella era seco, un poco despiadado, como si aquella mujer no hubiera sido femenina jamás. Como si no tuviera sexo.

Pero no fue eso sólo lo que llamó la atención de Lorena. Se desprendía de ella algo sobrenatural, que en el primer momento no supo identificar la muchacha. Cuando se dio cuenta, ya llevaba casi medio minuto atónita en el umbral. El descubrimiento la aterró, porque lo que hacía a aquella mujer distinta de las otras era que… ¡que olía a muerto!

Daba la sensación de que más allá de aquella puerta estaba el otro mundo. Una penumbra color violeta lo llenaba todo.

—¿La… la señora Crogan? —musitó Lorena.

—Sí.

—Yo… yo soy…

La mujer dijo secamente, sin apenas despegar los labios:

—Pasa. Sé muy bien quién eres. Te pareces a él.

Lorena, aterrada, dio unos pasos hacia el interior, como si estuviera penetrando en el otro mundo.

Había comprendido.

—¿Dice que me parezco a mi padre? —musitó.

—Tienes un cierto aire que me recuerda a él. Una mujer como

yo no se confunde, y además, tampoco tiene ningún mérito el haberte reconocido. Tu padre llevaba siempre en su cartera un par de retratos tuyos.

La muchacha se estremeció.

Miraba con ojos atónitos aquella habitación en que se encontraba, y donde todo le parecía irreal. Miraba los muebles severos, las paredes tapizadas de color oscuro, las ventanas que —éstas sí— podían abrirse, y desde las que se divisaban, muy abajo, las luces de la ciudad…

Y, sobre todo, captaba aquel extraño olor, aquel olor a muerto.

—Señora Crogan —musitó—. ¿Dónde está mi padre?

—Debieras saberlo, muchacha.

—Sólo sé que me escribió una carta, diciendo que iba a quitarse la vida.

—Y se la quitó, Lorena. Se la quitó… Tu padre fue un hombre bueno y justo, aunque desgraciado, al que nadie llegó a comprender. Un día, cansado de todo, resolvió desaparecer de este mundo. No alabo lo que hizo, ni mucho menos, pero te digo simplemente lo que ocurrió.

Otra vez un estremecimiento recorrió el cuerpo de Lorena.

—Señora Crogan, usted miente —se atrevió a decir en voz baja, mientras la acometía una brusca sensación de peligro.

—¿Por qué supones que miento?

—Hace poco, alguien vio a mi padre aquí. Estaba en una de esas habitaciones. Tomaba una taza de té.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ése es un detalle que no tiene importancia. Lo único cierto es que mi padre se encuentra aquí.

Los dientes desiguales de la señora Crogan se mostraron en una siniestra sonrisa.

—No sabes lo que dices —susurró—. Tu padre murió. Puedo jurártelo.

Lorena cerró un momento los ojos.

Sentía vértigo.

Oía el viento de las llanuras soplar en aquellas ventanas, a las cuales llegaba con una insólita fuerza.

Y entonces comprendió por qué su padre las había hecho fijas casi todas ellas. Tal vez llegó a experimentar aquel viento en alguna

ocasión. Pero mientras tanto, todo crujía allí como si lo moviera una mano invisible. Las sillas, las mesas, las puertas…

Las puertas…

Fue una de ellas la que se abrió de golpe, al fondo del pasillo frente al cual se encontraba la muchacha.

Y entonces lo vio.

Su padre estaba allí.

Quieto junto a la puerta.

Terriblemente inmóvil.

Pero ya no tomaba una taza de té, sino que descansaba su mano derecha sobre una mesa. Tenía los ojos fijos en la figura de Lorena, unos ojos que no movió nada, aunque la verdad fue que tampoco le quedó tiempo.

Movida por el mismo impulso del viento, la puerta volvió a cerrarse secamente.

La extraña y al mismo tiempo consoladora visión desapareció como si se tratase de una obra de brujería.

La muchacha intentó llegar hasta la puerta. Gimió roncamente el único nombre que en aquel momento era capaz de pronunciar:

—Papá…

Pero fue en aquel instante cuando una zarpa de hierro se posó en su hombro derecho. En aquel minuto fatal, el olor a muerto la envolvió del todo. La señora Crogan tiró de ella hacia atrás. Y Lorena Benson rodó hacia el suelo, con un chillido de miedo, como si adivinara que estaba rodando hacia el fondo del abismo.

Hacia el pozo insondable de la muerte.

CAPÍTULO XIII

La voz espesa, ronca, barbotó:

—¡No llegarás allí, maldita! ¡No llegarás!…

La vieja tenía una insólita fuerza. Tiraba de Lorena hacia atrás, y la arrastraba hacia una de las puertas, que estaba acolchada en piel. La muchacha se dio cuenta, con horror, de que era de allí de donde se desprendía aquel denso olor a muerto.

—¡Déjeme! —gimió—. ¡No puede impedírmelo! ¡Sólo trato de ver a mi padre! ¡Sé que está ahí, y que vive! ¡Mi padre me necesita!…

—Tratas de quitármelo, como todos —dijo la extraña voz de la señora Crogan—. ¡Tú también tratas de arrebatármelo, maldita!…

Lorena se revolvió.

Estaba más atemorizada que nunca.

No le cabía duda de que, después de todo lo que le acababa de ocurrir, se enfrentaba ahora a una loca.

Pero la fuerza de ésta resultaba invencible, por el momento. La había sujetado bien. Lorena fue implacablemente arrastrada hacia aquella puerta.

La señora Crogan la abrió con su espalda.

Y entonces los ojos desencajados de Lorena vieron aquella escena de pesadilla, aquella escena que le pareció irreal y que, sin embargo, observada con ojos normales, tenía una rigurosa lógica. Porque, ¿no era razonable que allí hubiera una sala de embalsamamiento? ¿No era normal que en un edificio como aquél, los cadáveres aguardaran turno para ser *tratados*? ¿No podía ser la señora Crogan la artista que les daba aquel aspecto mágico, como si aún parecieran vivir?

Lo cierto era que Lorena acababa de entrar en la sala de embalsamamiento del enorme rascacielos funerario. Allí había al menos seis cadáveres, aunque no pudo contarlos. Todos yacían en

sus mesas de mármol, pero sólo dos estaban cubiertos con sábanas. Los otros mostraban sus pobres vísceras al descubierto. Como la señora Crogan no parecía ser demasiado limpia en su trabajo y usaba una serie de líquidos muy olorosos, el hedor a cadáver se desprendía hasta de las paredes. Menos mal que las ventanas estaban abiertas y hacía viento porque de lo contrario, aquel hedor hubiese resultado insoportable. La señora Crogan cerró la puerta, y, por un instante, sus manos, parecidas a garfios, soltaron a Lorena.

Tal vez, en el fondo, no quería hacerle daño.

Tal vez estaba tan asustada como la propia muchacha.

Susurró tenazmente:

—No lograrás quitarme a tu padre. Yo fui la única persona que lo comprendió. Yo fui la única mujer que de veras llegó a compadecerle.

Los ojos de la señora Crogan brillaban extrañamente en la penumbra.

Cada vez Lorena Benson estaba más convencida de que se trataba con una loca.

Pero con una voz que quería ser natural, tranquila, suplicó:

—Le juro que no trataré de llevármelo de aquí. Deje solamente que lo vea. Mi padre está vivo.

—Te equivocas; está muerto.

—Pero si yo… ¡acabo de verlo!

—Tu padre tuvo un momento de debilidad terrible porque nadie le comprendía —dijo la señora Crogan con voz lejana y densa—. Fracasado en su trabajo, fracasado ante una esposa que no hacía más que pedirle dinero, este edificio que él había construido con tanta ilusión, fue para él la puntilla definitiva. Cuando volvió para verlo, y se enteró de que los nuevos compradores lo habían transformado en cementerio, sintió que… que todo se deshacía ante sus ojos. Pidió que al menos quitaran su nombre de la entrada, pero los otros se negaron. Tu padre llegó a pensar que el edificio que él había construido con tanto cariño estaba tan mal hecho que no servía para vivir, sino sólo para morir… Nadie le comprendió. Llegaron a burlarse de él porque dijeron que era un arquitecto extravagante, y eso le produjo una crisis insalvable. No pudo sobreponerse a ella, aunque supongo que en el mismo instante de morir se dio cuenta de que aquello era una cobardía. Pero ya era

demasiado tarde para volver atrás.

Lorena Benson escuchaba aquellas palabras, completamente aterrorizada.

Cada vez se convencía más de que hablaba con una loca.

Porque su padre vivía. ¡Ella lo había visto!…

Fue a contestar algo.

Fue a decirle a la señora Crogan que no le creía una sola palabra.

Pero en aquel momento ocurrió la segunda cosa asombrosa. En aquel momento, una de las puertas de la sala se abrió y… ¡y apareció en ella el *maître* del restaurante! ¡Apareció allí su sonrisa cuadrada, sus ojos brillantes, su piel de Drácula!

Lorena quedó petrificada.

¿Qué podía querer el *maître* allí?

¿Qué buscaba entre los despojos de los muertos?

Lo más curioso fue que el hombre no pareció sorprenderse, al ver la escena. Hizo un gesto, como si se disculpara, y murmuró con una sonrisa:

—Perdone, señora Crogan. Ya veo que tiene usted una disputa, y que he llegado en mal momento. Volveré.

Cerró la puerta.

Tan tranquilo.

Como si no hubiera pasado nada.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de la pobre Lorena, que ya no sabía qué pensar. Sobre todo, se preguntaba qué diablos buscaba el *maître* allí, y qué misteriosas conexiones tenía con la señora Crogan. Pero sus ideas se esfumaron cuando oyó de nuevo la voz lejana y chirriante de la vieja:

—No te lo llevarás… —dijo—. ¡Él tiene que permanecer aquí!

Lorena se llevó insensiblemente las manos a la garganta.

Sentía que le faltaba el aire. Aquella atmósfera densa, cargada, pestífera, se le hacía insoportable. La mirada de loca de la señora Crogan se le hacía más insoportable aún.

Fue a chillar.

Pero ni eso pudo.

Otra vez sus ojos se desencajaron.

Otra vez la dominó aquella abismal sensación de muerte.

Uno de los muertos tumbados en las mesas… ¡se estaba

levantando!

¡La sábana resbalaba sobre sus pies, dejándolo al descubierto!

¡Dejando al descubierto, sobre todo, sus manos ansiosas, sus ojos brillantes y su cabeza pelada como la de una momia!

La garganta de Lorena sufrió un espasmo.

Conocía a aquel monstruo.

¡Claro que lo conocía!

El asesino que ya había tratado de matarla otras veces estaba allí. O había adivinado que ella iría a aquel sitio, o alguien se lo había dicho o indicado de algún modo. El caso era que ahora tenía a Lorena Benson metida en una encerrona…, ¡de la que la muchacha no podría escapar!

Los ojos de la joven se desencajaron.

Vio que el asesino avanzaba hacia ella.

Pero en el camino estaba la señora Crogan, y la señora Crogan reaccionó de un modo de Lorena no esperaba. Acostumbrada a moverse entre muertos, no le asustó para nada la presencia de aquel intruso. Lo único que hizo fue irritarla. Igual que si quisiera meter en vereda a un muerto desmandado, la señora Crogan tomó un bisturí sucio y sanguinolento, y se dirigió hacia él.

Desgraciado del ser humano a quien aquel bisturí llegase a rozar tan sólo. De la infección galopante no le salvaba ni la Academia de Medicina Sueca. Pero el asesino profesional que la señora Crogan tenía enfrente no se dejó impresionar por eso, y, con una agilidad que parecía impropia de su peso, hizo una finta hacia la izquierda. Eso desorientó a la vieja, que tuvo que limitarse a lanzar un tajo al aire.

Inmediatamente, dos manos férreas la sujetaron.

La levantaron en vilo.

Lorena Benson chilló, chilló desesperadamente, al darse cuenta de lo que iba a suceder. Chilló hasta que tuvo la sensación de que se removían sus propias entrañas.

En cambio, la señora Crogan no pudo gritar.

Ella también se daba cuenta de lo que iba a suceder, pero no pudo evitarlo. Fue llevada materialmente en volandas hacia una de las ventanas.

El cabeza de momia la lanzó.

Fue instantáneo.

Durante unos segundos, que sin embargo se hicieron interminables, como rodados en cámara lenta, se vio a la señora Crogan volar hacia el abismo. Todas las luces de la ciudad debieron dar una inmensa y terrible vuelta de campana en torno a ella. Luego se desplomó en los abismos, en el *parking* de furgonetas situado en la parte trasera, donde no había nadie y donde, por tanto, no la descubrirían hasta la mañana siguiente.

Los ojos giraron entonces hacia Lorena Benson.

Giraron lenta e implacablemente hacia ella, como las agujas de un reloj que sólo marcara las horas de la muerte.

Lorena parecía tener la garganta rota. No podía chillar, y además, nadie la hubiese oído. Pero por fortuna para ella, sus músculos sí que respondieron, y le permitieron saltar hacia atrás.

Pudo abrir la puerta.

Su perseguidor vino tras ella, pero debía estar cansado, después de levantar a la señora Crogan y, por unos instantes, no fue tan rápido como hubiera querido. Los kilos de más también le pesaban. Era un hombre ya algo mofletudo, de riñones rodeados de grasa y piernas poco entrenadas. No era flojo, ni mucho menos, pero en aquellos instantes no consiguió ser tan ágil como Lorena, convertida en una auténtica gacela.

Para la muchacha sólo había una escapatoria.

El pasillo.

Tenía que llegar a aquella habitación… ¡donde había visto a su padre! ¡Donde él la estaba aguardando!…

Oía los pasos tras ella.

Todo aquello le seguía produciendo la sensación irreal de una pesadilla vivida por otra persona.

Le parecía que aquella puerta estaba lejos, infinitamente lejos. Que el pasillo no se terminaba nunca.

Por fin, la empujó. Por fin, Lorena atravesó, enloquecida, aquel umbral. Por fin chocó con su padre.

Y entonces la invadió aquella sensación viscosa. Aquella sensación irreal.

Aquella sensación inexplicable.

CAPÍTULO XIV

Tardó unos segundos eternos, interminables, en darse cuenta de lo que aquello significaba. Otra vez tuvo aquella extraña impresión de que ella era protagonista de una película rodada en cámara lenta. Sus ojos desencajados miraron las facciones demasiado finas, los ojos demasiado quietos, el traje demasiado bien planchado, de aquella figura de cera. Sólo al cabo de un tiempo angustiosamente largo, se dio cuenta de que no estaba ante un hombre, sino ante una especie de escultura, maravillosamente hecha. El tono de la cera era el exacto de la piel, y los ojos estaban tan bien colocados, que parecían mirar. No cabía duda de que la señora Crogan —¿enamorada de su padre, tal vez?— había sido una verdadera artista. No cabía duda, tampoco, de que había dispuesto de elementos *de primera clase*, porque aquellos ojos quizá eran los de un cadáver, convenientemente tratados. Incluso Lorena hubiese jurado que las manos de la figura eran de auténtica piel. Uno de los brazos, o tal vez los dos, se movían gracias a un ingenioso sistema de articulaciones, y eso hacía posible que a la figura se la compusiera tomando una taza de té o con una mano apoyada en la mesa. El constructor del edificio simulaba allí la vida, como todos los muertos que ocupaban aquel infierno funcional, aquel infierno del siglo veintiuno.

Lorena Benson no sentía ni el fluir de la sangre en su corazón.

Estaba totalmente deshecha. Todas sus esperanzas se habían hundido porque ahora se daba cuenta de que, en efecto, su padre ya no existía.

Pero mientras tanto, había perdido unos segundos preciosos.

Sus ojos se desencajaron.

Oía ya los pasos al otro lado de la puerta.

Buscó angustiosamente una salida, y se dio cuenta de que, por fortuna para ella, la puerta tenía un cerrojo interior. Todo aquello

quería ser algo así como un piso privado, un piso donde la figura de cera reinaba desde su mundo de tinieblas. La muchacha tendió la mano, y logró correr el cerrojo, cuando el pomo de la puerta ya giraba.

Se escuchó al otro lado de la puerta una maldición.

Lorena sabía que el asesino quizá emplearía una pistola para franquearse la entrada, haciendo saltar el cerrojo, de modo que no se confió en absoluto. Aquello sólo le había dado un respiro, de modo que tenía que buscar otra escapatoria. Se asomó por una ventana interior, y vio que desde allí, dando un peligroso salto en el vacío, podía llegar hasta las escaleras de emergencia.

No podía elegir.

De modo que alzó la falda para tener las piernas más libres, y saltó con todas sus fuerzas. Sus manos se asieron febrilmente a la barandilla. Desde allí, pasó a las escaleras, y descendió a toda velocidad, aprovechando que su enemigo aún intentaba forzar la puerta.

No sabía ni dónde estaba.

Sólo le parecía que en torno suyo todo daba vueltas, vueltas, vueltas…

Cayó, al fin, sobre los peldaños.

Una penumbra lechosa la rodeaba.

Se sentía al borde de sus fuerzas.

Mientras jadeaba como un animal acosado, oyó aquellas voces. Sonaban al otro lado de un tabique muy delgado. La muchacha estaba segura de que una de aquellas voces era la del *maître* del restaurante, aunque la otra le resultase desconocida. Por la índole de la conversación, Lorena dedujo que estaban pasando revista a las existencias. Sin duda, detrás de aquel tabique estaba situado algo así como el almacén general:

—Tenemos poco jamón.

—En cambio, sobran huevos. Las cámaras frigoríficas ya no pueden contener tantos. Habrá que decir a los cocineros que inventen nuevos postres a base de yema.

—Lo peor —decía el *maître*— es que la gente está cansada de huevos. Lo que me piden continuamente son riñones *Latour*. El público no se cansa. Y yo no puedo dar abasto. No puedo conseguir existencias suficientes, de ninguna manera.

—Pues no es tan difícil, en un sitio como éste.

La voz del *maître* habló con conmiseración, como si el otro fuera un niño.

—¡Qué tonto eres, Charlie! No sé por qué te tengo en un restaurante especializado y de gran categoría como el mío, un restaurante sólo apto para *connaisseurs*. Tú crees que los riñones *Latour* se improvisan, ¿eh? Pues es un plato delicadísimo. Es una obra de arte, en la que, si falla la materia prima, falla todo lo demás. Los riñones aptos para eso son dificilísimos de encontrar. Por eso el plato tiene tantos adeptos, porque yo lo he cuidado hasta el máximo, y he elegido siempre materia prima de primera clase.

—Está bien, está bien… Lo siento…

Lorena Benson se llevó las manos a los oídos.

Era ya incapaz de oír más.

¿Cómo había gente que tenía apetito allí? ¿Cómo había gente que, encima, comía?

Lorena se puso en pie como una sonámbula. Abandonó su improvisado asiento de los peldaños para seguir bajando.

Pero aún pudo oír algunas palabras más. La voz desconsolada decía:

—Me fastidia esa especie de figura de bronce que hay arriba, ese veleta gigante en lo alto del rascacielos. ¿Quién diablos la puso?…

—¿Y yo qué sé? ¿Y por qué te acuerdas ahora de eso?

—¡No sé!… ¡Será porque me pone nervioso, infiernos!…

La muchacha ya no oyó más. Había descendido lo suficiente para que las voces se borraran. Llegó a un piso que no sabía cuál era. Atravesó una puerta.

Y entonces se enfrentó otra vez con el horror. Entonces sus ojos vieron otra vez la muerte distinta, una muerte de la que la propia Lorena formaba parte, y que estaba como dentro de ella misma…

CAPÍTULO XV

Los ojos de Lorena vieron el pasillo alumbrado por aquella luz lechosa que parecía llenar el edificio entero. Vieron el rastro de sangre que corría sobre las baldosas. Vieron el cadáver de la señora Seymour, de la madre de Pat, retorcido en un ángulo. La sangre aún goteaba de la herida en su garganta, y aún parecía marcar con su tac-tac-tac el ritmo macabro de los segundos.

Pero el cadáver no estaba solo.

Una mujer aparecía junto a él.

Una mujer, cuyas manos estaban manchadas de sangre.

La sensación de pesadilla se adueñó de tal modo de Lorena, que a ésta ya le pareció imposible seguir en pie. Se tambaleó a punto de caer. La sensación de película en cámara lenta se hizo insoportable.

Sus ojos desencajados contemplaron a aquella mujer que también la miraba fijamente, la última mujer del mundo que ella hubiese esperado encontrar allí.

Bisbiseó:

—Mamá… ¿cómo es posible?

De pronto, todo se le aparecía claro, atroz. Lorena Benson veía los sucesos con una claridad siniestra. Ahora ya sabía quién había causado aquellas muertes.

Su madre había vengado la ofensa que le hicieron los Seymour.

Había hecho que su orgullo se ahogara en sangre.

Por eso Lorena había quedado sin voz. Por eso le fue imposible oírse a ella misma, cuando dijo:

—Pero, mamá…

—La he encontrado así —dijo su madre secamente.

—¿Tratas de decirme que… no lo has hecho tú?

—Cierto. No he sido yo.

—Tus manos están manchadas de sangre…

—Es que la he tocado para convencerme de que estaba muerta.

Ya llevaba bastante rato así, pero al moverla yo, ha vuelto a sangrar. ¿Quieres que te diga una cosa? No lamento que esto haya ocurrido. No lamento que esta zorra haya muerto. ¡Ella, con todo su dinero, con todo su orgullo, con toda su asquerosa insolencia…!

Lorena Benson estaba sencillamente aterrorizada.

Se daba cuenta de la espantosa verdad.

Su propia madre había planeado una sangrienta venganza. Su propia madre era una *asesina*.

De pronto, algo se rompió dentro de los ojos de Lorena. No pudo soportar aquella tensión espantosa, y se puso a llorar. Apoyada en la pared, sintió el más espantoso vacío dentro de su pecho.

Su madre dijo con voz silbante y suave:

—No llores, pequeña… No llores… A ti no pueden haberte hecho eso…

Y trató de consolarla. Tendió hacia ella su mano…, ¡su mano tinta en sangre!

Lorena tuvo un espasmo de horror.

Retiró la cabeza.

La voz áspera y ronca preguntó:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te avergüenzas de mí? ¿Qué tienes?

La muchacha volvió la cabeza.

Sentía un terrible deseo de chillar.

Una angustiosa náusea dentro de sí misma.

Pero fue al volver la cabeza cuando lo vio. Cuando distinguió la cara atónita de Pat, que lo miraba todo desde la penumbra.

Pat acababa de llegar.

Se había encontrado ante la increíble escena.

Ante su propia madre muerta.

Y Lorena se daba cuenta de algo más: de que Pat acababa de descubrir a la mujer que acababa de asesinarla.

La viuda Benson volvió la cabeza, al darse cuenta de que su hija había visto a alguien. Ella también distinguió a Pat, y sus ojos brillaron fieramente. Hubo en ellos un brillo inhumano, un desprecio que estaba más allá de la vida y de la muerte.

Lorena gimió:

—Por favor, Pat… Huye… ¡Huye!

Sabía que su madre era capaz de cometer un nuevo asesinato, y Lorena no quería que eso ocurriera. Fue la única razón de que

previniera a Pat. Él era un hombre, por supuesto, pero parecía tan sorprendido, que podía caer fácilmente, víctima de una cuchillada.

Y eso fue lo que hizo la viuda Benson. O al menos, eso fue lo que trató de hacer. El estilete que había acabado con la Seymour aún estaba allí, de modo que lo sujetó y se lanzó ciegamente contra Pat.

Era una escena que en un principio pareció increíble, pero que tenía su lógica. Aquella mujer quería vengar la humillación inferida a su hija, y en estos momentos, era una auténtica hiena. Con un estilete en la mano podía sorprender, no sólo a Pat, sino a cualquier otro hombre más enérgico que él.

El que en estos momentos se había convertido en el único heredero de los Seymour, estaba lívido. No había esperado aquello, y en el primer momento no supo reaccionar. Sólo al escuchar el gemido de Lorena, actuó de una forma maquinal, y se lanzó hacia atrás.

Una puerta de batientes se cerró tras él.

Más allá estaban las sombras, estaban las puertas herméticas, estaban los muertos en aquella especie de siniestros *livings*, donde no faltaban ni los aparatos de televisión, que no funcionaban…

Estaba el mundo de pesadilla en el que había entrado Lorena Benson.

Quedó aterrada, sin atreverse a moverse, al ver que su madre iba detrás de Pat. La vio atravesar también los batientes. La vio hundirse en las sombras…

Y luego se escuchó un grito.

Un grito gutural.

Aquel grito que llenó de mil ecos las sombras de la noche…

CAPÍTULO XVI

Lorena tenía las manos quietas en la garganta.

Agarrotadas.

No se daba cuenta de que ella misma se estaba destrozando el cuello con las uñas.

El grito podía ser de hombre o de mujer, pues había sonado con una estridencia gutural. Pero a la muchacha no le cupo la duda de que su propia madre acababa de matar a Pat. Acababa de redondear, con un nuevo crimen, una venganza sin sentido, una venganza que, además, nadie le pidió.

La muchacha tragó saliva.

Todo aquello era espantoso. Era casi inhumano.

Pero necesitaba hacerse fuerte, y sacar a su madre de allí. Ya habían existido bastantes desgracias en su familia. Su madre había demostrado, además, quererla de tal modo que era capaz de llegar hasta el crimen por ella.

En consecuencia, necesitaba ayudarle.

Por terrible que aquella situación fuese, Lorena tenía que ayudarle a salir de allí. Era su deber.

Andando como una sonámbula, atravesó la puerta de batientes. Se enfrentó a la penumbra de aquel pasillo. Avanzó casi a ciegas.

Hasta que tropezó con algo.

Con un cuerpo caído en el suelo.

Pero no era el cuerpo de Pat. No era el cuerpo que ella había esperado encontrar sin vida.

La muchacha se arrodilló, y palpó, sin querer, la sangre todavía caliente.

Sus labios se curvaron en una angustiosa mueca.

La tristeza la ahogaba como un dogal.

Apenas pudo bisbisear:

—Mamá…

CAPÍTULO XVII

Las cosas habían sucedido de un modo completamente distinto a como ella imaginó, pero una cosa estaba fijamente clavada en la mente de Lorena: Pat no podía haber causado aquella muerte, Pat era demasiado débil de carácter para eso, aunque fuera actuando en defensa propia. El autor de aquello tenía que haber sido…

Alzó los ojos.

Lorena tenía clavada en la piel la sensación de la muerte.

Y a través de las sombras, vio lo que por desgracia esperaba ver: los ojos asesinos, la boca un poco pulposa, la calva brillante.

Cabeza-de-momia estaba allí.

Había dado con ella otra vez. La había encontrado. Para Lorena, arrodillada en el suelo junto a una muerta, y sin tener ninguna posibilidad de huida, aquello era el fin.

Pero no estaba sola.

En este terrible momento, cuando sentía la muerte aleteando ante sus mismos ojos, no estaba sola del todo. Al menos, había alguien capaz de ayudarle.

O de intentarlo, al menos.

Pat jadeaba junto a una de las paredes.

¡Pat estaba allí!

También le costaba respirar. Lo contemplaba todo con ojos incrédulos. Cuando la mirada patética de Lorena se clavó en él, tuvo una especie de sobresalto.

Lorena bisbiseó:

—Por favor, Pat… Sácame de aquí… No dejes que me mate como a mi madre… ¡Sácame de aquí…!

Pero Pat no se movió.

Sus ojos seguían estando quietos.

Como hipnotizados.

Pero ¿qué era lo que cambiaba en ellos?

¿Qué significaba aquella lucecita en su fondo?
¿Aquella especie de chispita maligna?
La muchacha sintió que temblaban sus labios.
Un pensamiento terrible la sobrecogió.
Bisbiseó:
—Pat…
No podía creerlo. No podía dar paso a aquel pensamiento que quería entrar en su cerebro. Se sentía incapaz de hablar.
Pero se convenció de la terrible verdad cuando Pat dijo suavemente, mirando al asesino que estaba junto a él:
—No debieras haber matado a esa mujer, porque era un crimen innecesario. Pero ya que lo has hecho… Liquida también a la hija. Ella sí que es peligrosa… Mátala de una vez, y no dejes que se te vuelva a escapar… ¡Mátala…!

CAPÍTULO XVIII

Lorena Benson sólo veía masas de niebla ante sus ojos. Las caras se desdibujaban, se hacían borrosas. De pronto, le pareció hallarse en otro mundo, donde nada tenía sentido y nada tenía importancia.

Incluso no le importaba morir.

Sólo sentía una honda pena y una terrible náusea.

Con voz ronca, balbució:

—A ese asesino…, ¿lo has alquilado tú?

—Naturalmente —dijo Pat, con la mayor tranquilidad—. Reconozco que yo no sé matar. Cuando metí a mi tía en aquel ataúd y la dejé morir, sufrí un verdadero ataque de nervios. Soy un hombre imaginativo, un poco débil… Pero ¿por qué voy a molestarme haciendo trabajos que puedo pagar a otros? Por eso he alquilado a este asesino, el mejor que conozco.

Lorena se había quedado materialmente sin voz. Por eso apenas se oyó ella misma, al preguntar:

—Tú…, ¿tú cometiste aquel horrible crimen en la mansión de los Seymour?

—Pues claro… —confesó Pat, con la mayor naturalidad—. ¿No acabo de decírtelo?

—¿Por… por qué?

—Muy sencillo. La respuesta es elemental: todos eran herederos antes que yo. Necesitaba eliminar escalones intermedios para poder gastar el dinero a manos llenas, y disfrutar realmente de la vida.

—Lo… lo que dices es absurdo. Tú no cometiste aquel repulsivo crimen.

—¿No? Me haces un gran favor, Lorena. Parece que realmente me consideras una persona muy digna, incapaz de causar el menor daño… Pero si esperas que eso te salve, vas lista, pequeña. Ya hemos llegado demasiado lejos para retroceder.

La voz de Lorena sonó ronca y espesa.

—Me das asco, Pat… Me das asco porque eres viscoso y cobarde…, pero no creo que cometieras aquel asesinato, por la sencilla razón de que lo cometió Estephanie. Ella misma, roída por los remordimientos, se quitó la vida. Y lo dejó todo escrito en una carta.

Los ojos de Pat relucieron un momento, como si en ellos palpitara una lejana, una lejanísima compasión. O quién sabe, si un principio de burla. Pero al final permaneció perfectamente impasible, al decir:

—Estephanie murió por salvarme. Y para que no se cometieran más crímenes.

—¿Qué…, qué dices?

—Efectivamente, ella se quitó la vida. Fue una perfecta imbécil.

—¿Por…, por qué lo hizo?

—Ya te digo que por salvarme, y por evitar nuevas muertes.

—No te entiendo, Pat… No puedo comprenderlo.

—Pues es sencillo, en realidad. Estephanie llegó a saber que el crimen lo había cometido yo. Se dio cuenta de que aquello era sólo el principio de una cadena, que terminaría con todos los que estaban delante mío en la herencia.

Lorena Benson se estremeció de horror.

Iba entendiendo perfectamente.

Con voz que era apenas un soplo viscoso, Pat continuó su relato:

—Estephanie era la bondad personificada —dijo, sin el menor remordimiento—. Era tan buena que hasta llegaba a la debilidad mental. Pudo acusarme ante la policía, pero quiso evitar el escándalo que llenaría de vergüenza a la familia, y al mismo tiempo salvarme, porque pensaba que quizá otros encontrarían también pruebas contra mí, y de ese modo, declarándose culpable, cerraba el asunto. Pero su pensamiento iba más lejos: ella esperaba que, ante su sacrificio, yo me diera cuenta de lo que había hecho. De que me diera cuenta de que el crimen perfecto es imposible, y siempre quedan indicios. En fin, ella suponía que aquel suceso terrible actuaría en mí como un revulsivo, y cambiaría mi vida y mis propósitos. Esperaba que no continuaría con mi cadena de crímenes, en pos de la herencia. La pobre Estephanie… ¡era tan inocente! En realidad, con su muerte, no hizo más que adelantar los acontecimientos, porque la próxima víctima elegida era ella. Pero

yo no cambié mis ideas, ni mucho menos. Yo ya me había puesto en camino firmemente…, ¡y necesitaba llegar!

Su voz se había hecho más suave, más viscosa cada vez. Sus ojos brillaban como los de una serpiente. Su papada temblaba repulsivamente de satisfacción, a cada nueva palabra.

—Este lugar, este cementerio del futuro, este camposanto para millonarios —continuó— me ofrecía fascinantes posibilidades, y no quise desaprovecharlas. Por ello contraté a uno de los más expertos asesinos que en este momento se ofrecen en el gran *mercado del crimen* de Estados Unidos. El resto de mi familia tenía que morir…, ¡y si era posible, aquí mismo! ¿Has pensado, Lorena, en las tremendas posibilidades que ofrece este edificio? Hay un horno crematorio, donde pueden desaparecer los restos, y además, nosotros, los Seymour, disponemos de un *apartamento* funerario, del que sólo yo conservaría la llave, y en el que podría encerrar los cadáveres todo el tiempo que me hiciera falta, hasta encontrar un sistema tranquilo para hacerlos desaparecer. Por eso se han producido esos crímenes; en los que yo no he intervenido más que de una forma indirecta, pero de los que soy responsable. He pagado para que alguien trabajara por mí. Y ahora va a seguir el *trabajo*. Tú has estorbado desde el primer momento, pequeña, con tus malditas intervenciones. Tú te has ganado a pulso una tumba en el edificio que construyó tu padre… ¿Qué mejor sitio puedes desear para reposar eternamente?

Sus labios se separaron en una sonrisa.

En sus ojos seguía palpitando un brillo viscoso y al mismo tiempo febril.

Lorena Benson ni siquiera intentó luchar. Sabía que ahora habla llegado al fin del pozo, sabía que ahora estaba irremisiblemente perdida.

Las manos del asesino se acercaron a ella.

Pat reía silenciosamente.

Se estremecía su mandíbula. Sudaba de excitación, como un niño gordo al que han prometido una gran fiesta.

Lorena se dio cuenta de que rezaba.

Sus aterrorizados pensamientos volvían hacia su padre, que prometió que en el momento decisivo la salvaría. ¿Por qué no llegaba ahora? ¿Por qué no hacía algo? ¿Por qué…?

Lorena cerró los ojos.

Se estaba volviendo loca.

Los muertos no pueden venir, no pueden hacer nada.

Notó las manos del asesino en su garganta.

Cara-de-momia estaba junto a ella. Su calva brillaba lúgubremente.

Lorena se sintió morir.

Sabía que aquello era el fin…

Ni siquiera intentaba luchar…

CAPÍTULO XIX

El brusco tirón que acababa de sufrir el asesino le hizo abrir los ojos, de pronto. La presión de los dedos que la estaban estrangulando se había aflojado bruscamente. Lorena se dio cuenta de que algo sucedía, algo increíble, que lo cambiaba todo.

Acababa de irrumpir alguien allí.

¡Alguien que iba a salvarla!

Igual que en una escena de pesadilla, donde todo se mezclaba, vio a Tony Milian, que acababa de golpear en la nuca al asesino. Éste se volvió. Sus movimientos eran rabiosos. Intentó usar un cuchillo, con el que podía despacharle silenciosamente.

La llave de Tony Milian fue perfecta.

Envió al enemigo por encima de su cabeza.

Se produjo un sordo chasquido en el pasillo, pero nadie lo oyó. ¿Quién iba a oírlo, si en aquel siniestro *hotel* sólo había muertos? Pat Seymour lanzó un chillido, mientras sacaba de uno de sus bolsillos una navaja de resorte.

Lorena gimió:

—¡Cuidado…!

Tony Milian pudo apartarse en la última fracción de segundo. La navaja iba a atravesarle por la espalda cuando él consiguió esquivar y chocar contra una pared, apartándose del camino del acero. Pat lanzó otro chillido de rabia.

Lorena se había puesto en pie.

Lo miraba todo con ojos desencajados.

Sólo podía pensar ahora en una cosa: en escapar de allí. En huir… ¡En huir…!

Milian acababa de propinar un terrible gancho a la mandíbula de cara-de-momia, quien vaciló, a punto de caer hacia atrás. Un cruzado al estómago le hizo girar sobre sí mismo, encogiéndose. Se dio cuenta de que tenía enfrente a un enemigo implacable y

correoso, que no daba ni pedía cuartel.

Tony Milian comprendió que allí se jugaba la vida de Lorena.

Y estaba dispuesto a llegar hasta el fin, aunque en el camino se dejase la piel.

Fue en aquellos segundos decisivos cuando todo cambió. Lorena sólo pensó en huir, y se lanzó hacia la puerta por la que acababa de llegar, y que le conduciría a las escaleras. Pat la persiguió porque se jugaba demasiado en ello. En su derecha todavía brillaba la navaja de resorte, y en sus ojos palpitaba una lucecita asesina.

No podía dejarla huir.

Si Lorena hablaba, todo estaba perdido.

Por su parte, cara-de-momia comprendió que las cosas se estaban poniendo feas para él, y que estaba haciendo más de lo que le obligaba su contrato. Él era un profesional, al fin y al cabo. Le habían pagado por matar y mataba. Pero nadie le habló de que tendría que enfrentarse a un hombre que pegaba como un demonio y que podía entregarle hecho un paquete a la policía. Por lo tanto, decidió escapar. Un instante después, huía a lo largo del pasillo, sin que Tony Milian se decidiera a perseguirle.

Porque había algo más importante para él:

Lorena Benson.

Lorena huía, perseguida por Pat, y éste la dejaría cosida a puñaladas, si lograba alcanzarla. Por lo tanto, Tony Milian no lo pensó. Se lanzó en tromba detrás de ambos, olvidándose del primer asesino.

La muchacha subía locamente las escaleras.

No sabía dónde estaba.

Subía como se sube en los sueños, sin darse cuenta de dónde ponía los pies. Oía a su espalda la respiración agitada de Pat, una respiración de fiera en acecho. La aterrorizada muchacha tropezaba con los peldaños, con las paredes, mientras el corazón parecía ir a estallarle dentro del pecho.

Todo aquello volvía a ser como una pesadilla.

Como algo irreal…

Pero la realidad era que las piernas le fallaban, que Lorena ya no podía más, que sus rodillas se estaban doblando peligrosamente…

¡Y Pat seguía tras ella! ¡Pat no cedía! ¡Iba a alcanzarla…!

Tony Milian también iba tras ellos.

También iba a alcanzar a Pat.

¡Si caía sobre él, todo cambiaría…!

Pero las cosas se torcieron de nuevo para Lorena Benson cuando creía tenerlas más resueltas. Cuando pensaba que Pat iba a ser alcanzado y ella quedaría libre, Tony Milian tuvo una auténtica desgracia. Pat se volvió rabiosamente, de una forma inesperada, y, aullando como un animal herido, lanzó contra él un golpe de navaja. Tony Milian ya estaba casi encima; otro hombre de menos agilidad habría sido alcanzado mortalmente. Pero el joven logró esquivar, aun a costa de caer hacia atrás. Dio una vuelta de campana, y su nuca golpeó rudamente contra los peldaños.

Quedó sin sentido.

En cierto modo, pareció un milagro que no se matase.

Pero de un modo u otro, la situación estaba perdida para Lorena Benson. Volvía a encontrarse sola… ¡y con Pat comiendo el terreno a su espalda…!

Lanzó un ronco estertor.

Ya no podía más.

Otro piso y reventaría. Sus fuerzas fallaban. Estaba tan cansada, tan destrozada, que ya ni siquiera le importaba morir.

Fue su instinto lo que la hizo seguir adelante.

Sólo su instinto.

Jadeando, destrozada, deshecha, ascendió por unas empinadas escaleras que ya no eran como las otras, y que no sabía adónde conducían. Alzó una trampilla mientras su corazón parecía ir a romperse. Estuvo a punto de desplomarse, pero la respiración jadeante de Pat le dio nuevas fuerzas para seguir.

Era el último esfuerzo.

El úl…ti…mo.

Bruscamente, las luces parecieron dar una vuelta completa en torno suyo.

Miles de luces.

Como si estuviera en un avión, el cual acababa de despegar sobre una gran metrópoli.

Se dio entonces cuenta de que estaba en un lugar casi fantasmagórico, un lugar donde el viento batía con fuerza, aunque había momentos en que paraba. Lorena Benson había llegado a lo más alto del edificio, a su última cúpula, desde la que se dominaba

la comarca entera.

Pero había allí algo fantasmal.

Algo extraño.

Casi aterrador.

Aquella figura alta y erguida, con los brazos en cruz formando grandes aspas, y que era, en realidad, la veleta del edificio.

Causaba una terrible impresión.

Era como un ser humano fundido en bronce y que, a impulsos del viento, giraba suavemente.

Pero la muchacha ya no podía elegir. Estaba allí… ¡y le sería imposible volver atrás!

¡Había llegado a su propia tumba!

¡Estaba perdida!

Pat Seymour apareció también por el hueco.

Resoplaba como un agonizante a causa del cansancio, pero estaba más entero que ella. Conservaba su navaja en la derecha, y palpitaba en sus ojos un salvaje deseo de matar.

Lorena cayó de rodillas junto a la espectral estatua.

Apenas había allí sitio para su cuerpo. No podía moverse. Más arriba estaba el cielo…, ¡y abajo, el abismo!

Era la muerte.

Doblada de rodillas, dispuesta a no defenderse, hundió la cabeza.

Pat Seymour había llegado junto a ella.

El viento hacía tremolar sus cabellos.

Alzó la mano derecha y se dispuso a asestar el golpe mortal.

Lo tenía seguro.

Era incluso asquerosamente fácil.

Barbotó:

—¡Ahora…!

Lorena lanzó apenas un gemido.

¿Por qué aquella loca esperanza de que su padre muerto la ayudaría en la última fracción de segundo? ¿Por qué? ¿Por qué…?

La navaja venía hacia ella.

El brillo cegador del acero pareció penetrar en sus ojos.

Pero no penetró en su carne.

De pronto… De pronto, había ocurrido algo.

Parecía sobrenatural.

Como si una mano invisible… ¡hubiese empujado a Pat Seymour al abismo…!

Sonó un aullido aterrador.

Inhumano.

Los pies de Pat Seymour acababan de fallar.

El viento se llevó su último estertor de muerte.

Convertido apenas en una bola de carne palpitante, Pat Seymour resbaló, intentó asirse al aire, tropezó con una cornisa… ¡y se precipitó volando hacia las miles de luces! ¡Voló hacia los infiernos…!

Lorena Benson se había llevado las manos a la garganta.

Aún no podía creerlo.

Aún estaba aterrada.

Aún le parecía haber visto la intervención de algo sobrenatural.

Y, sin embargo, bastaba mirar las cosas con un poco de atención para darse cuenta de que aquello era implacablemente lógico. La gigantesca figura que hacía las veces de veleta acababa de girar, a causa del viento. Uno de sus brazos extendidos acababa de golpear a Pat en la cabeza como si hubiese chocado con el brazo de una grúa.

La muchacha se había salvado, por estar de rodillas.

Los brazos, girando como aspas, habían pasado por encima de su cabeza.

Aterrada, sintiendo aún la muerte en su boca, Lorena Benson se puso en pie, apoyándose en la figura. Vio entonces que Pat, al intentar asirse a algo desesperadamente, había clavado la navaja en el material que recubría aquella figura.

Lorena lo observó con atención.

No era bronce, sino plástico.

De lejos, la figura podía parecer metálica, pero realmente no era así. El plástico cubría algo, pero…, pero ¿qué era?

La muchacha volvió a temblar.

Sentía el viento en su piel.

Sentía en sus nervios la llamada del destino.

Poco a poco, sujetó el mango de la navaja y rasgó el grueso plástico. Era muy resistente a los elementos, pero ante el acero cedió con facilidad. Los dedos febriles de Lorena Benson trazaron una especie de ventanilla en la cabeza.

Y fue entonces cuando brillaron las lágrimas en sus ojos.

Unas lágrimas calientes, pesadas.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que su padre había cumplido la promesa. La había salvado, después de morir.

Porque debajo de la gruesa capa de plástico estaba su cuerpo embalsamado. La señora Crogan había hecho un maravilloso trabajo allí. La señora Crogan había conseguido engañar a todos, hacer situar allí aquella figura que parecía una original veleta…, ¡y era, en realidad el cuerpo de Benson! ¡Benson presidiéndolo todo! ¡Dominando a la ciudad que lo había despreciado!

La muchacha retiró la navaja poco a poco.

La dejó caer.

Compuso, como pudo, con las manos, el plástico que había arrancado.

Y descendió poco a poco, como si estuviera borracha. Cuando llegó junto a Tony Milian, le apretó las manos ansiosamente.

Él se iba recuperando. Trató de sonreír.

—Lorena, siento no… no haberte sido más útil.

—Has hecho demasiado. Sin ti, ahora estaría cien veces muerta.

—¿Y…, y Pat?

—Ha caído. Se ha debido convertir en harina de cerdo.

Callaron los dos mientras permanecían con las manos unidas, respirando ansiosamente y reponiéndose poco a poco. Ambos sabían que una nueva vida empezaba; ambos sabían que sus caminos se habían encontrado, y que no se volverían a separar.

Fue él quien musitó:

—Lástima.

—¿Por qué?

—La justicia nunca es completa.

—¿Te refieres al que ha cometido materialmente los crímenes? ¿Te refieres a ese repugnante asesino?

—Sí. Se trata de un profesional, que tendrá cien escondites preparados. Me temo que ya no podrá ser capturado jamás.

La muchacha hundió la cabeza.

Sí. Era su única pena.

Lástima…

Pero ambos estaban vivos, y empezaban un nuevo camino. Ambos habían dejado atrás la muerte. ¿Qué otra cosa podían

pedir…?

Él susurró:

—Lorena…

Se miraron a los ojos.

Se besaron así, tal como estaban. La verdad era que seguían respirando con dificultad. Pero… ¿quién ha dicho que, a la hora de la verdad, eso sea un problema?

CAPÍTULO XX

En efecto, cara-de-momia podía considerarse libre. Había sido más listo que todos. Había cobrado por adelantado, y ahora estaba en el buen camino. No necesitaba más que salir del edificio.

Todo era sencillo.

Sonrió.

Pocas veces se había sentido tan seguro de sí mismo, tan convencido de su victoria, tan persuadido de ser un hombre triunfador y valioso.

Como persona experimentada que era, decidió obrar con la máxima naturalidad. No había que darse demasiada prisa ni llamar la atención. Encendió un cigarrillo y fue al único sitio donde aún encontraría quizá gente, a pesar de la hora. Donde aún habría personas, con las que mezclarse para huir.

Pero el restaurante se hallaba vacío.

Sólo estaban allí el *maître* y una especie de ayudante de ojos ratoniles y saltones, unos ojos que parecían de loco.

El asesino se acercó a ellos, con la mayor naturalidad. Exhaló una bocanada de humo.

—Comprendo que es tarde —dijo—, pero ¿no podrían servirme algo de beber y acompañarme hasta la salida? Me he entretenido demasiado con mis parientes. ¿No podrían prepararme, por ejemplo, un zumo de tomate?

El *maître* sonrió.

—Claro que sí, señor. Naturalmente. Pero el restaurante está cerrado a esta hora. ¿No le importaría que le sirviéramos en la cocina? Luego le acompañaremos con mucho gusto.

—Por supuesto. ¿Qué importancia tiene? Sírvanme en la cocina.

—Con el mayor placer, señor. Acompáñeme.

Le puso una mano en la carnosa espalda.

No supo por qué, pero el asesino cabeza-de-momia se

estremeció. De todos modos, siguió hacia delante.

El ayudante de los ojos saltones susurró:

—Jefe… Recuerde que hay que preparar los *menús* para mañana… La gente pide continuamente riñones *Latour*. No tenemos…

El *maître* volvió a sonreír.

Tenía una sonrisa larga, brillante, casi metálica.

—No te preocupes —dijo—. Mañana volveremos a tener riñones *Latour*, pero sólo para clientes muy escogidos.

Y pasó su mano ansiosa por aquel lomo carnoso y suave, deteniéndose especialmente en los riñones de cabeza-de-momia, riñones grasientos, de buen tamaño, sanos, frescos…

—Ponlos en la carta —añadió—. Riñones *Latour*, plato especial. Y usted, amigo, no se detenga. Le *serviremos* en las cocinas… Adelante… Pase, pase…

FIN



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.